

Capítulo 3-La percepción inocente.

Introducción

El término percepción inocente, el título del capítulo, es sinónimo de los términos más comúnmente utilizados en el Curso como percepción verdadera y visión. Hablaremos de percepción versus conocimiento, y luego

de la percepción verdadera como la corrección para el mundo de la percepción errónea del ego. Empezamos, sin embargo, recogiendo el hilo de

nuestra discusión en el Capítulo 2, el poder de la mente para elegir.

Para

reiterar, este es uno de los temas más significativos en Un Curso de Milagros, y lo encontraremos en todos los movimientos de nuestra sinfonía.

Sin embargo, a diferencia de la discusión anterior, el enfoque aquí está más

en la estructura de la mente dividida, con la cual comenzamos. Esto sirve

como base para comprender el poder de decisión de la mente.

La estructura de la mente

(IV.2: 1-3: 6) La conciencia – el nivel de percepción – fue la primera división que se produjo en la mente después de la separación, convirtiendo a la mente de esta manera en un instrumento perceptor en

vez de un instrumento creador. La conciencia ha sido correctamente identificada como perteneciente al ámbito del ego. El ego es un intento

erróneo de la mente de percibirte tal como deseas ser, en vez de como realmente eres. Sin embargo, sólo te puedes conocer a ti mismo como realmente eres, ya que de eso es de lo único que puedes estar seguro. Todo lo demás es cuestionable.

El ego es el aspecto inquisitivo del ser que surgió después de la separación, el cual fue fabricado en vez de creado. Es capaz de hacer preguntas, pero no de percibir respuestas significativas, ya que éstas entrañan conocimiento y no se pueden percibir. La mente está, por consiguiente, confusa porque sólo la Mentalidad-Uno está exenta de confusión. Una mente separada o dividida no puede sino estar confundida. Tiene necesariamente que sentirse incierta acerca de lo que

es. Y no puede sino estar en conflicto, puesto que está en desacuerdo consigo misma.

Este, de nuevo, es uno de los pocos lugares en su curso donde Jesús realmente habla de la estructura de la mente. En el párrafo 4, usa los términos mentalidad-correcta y mentalidad-errada, los términos utilizados

en nuestro cuadro (ver el Apéndice). El cuadro del ego en la tabla es la mente errada, o el pensamiento de mentalidad-errada. El cuadro del Espíritu

Santo es la mente correcta, o el pensamiento de mentalidad-correcta. Finalmente, el Cielo o el conocimiento es el mundo de la mentalidad Uno o

la Mente Uno.

Cuando se usa el término conciencia – y su uso es poco frecuente en el Curso – se le da un significado decididamente diferente de lo que normalmente se entiende. En Un Curso de Milagros, la conciencia se equipara con la mente dividida o separada y no debe identificarse con lo

qué otros caminos se refieren a la Conciencia de Cristo. La conciencia en el

Curso solo tiene que ver con mundo de la dualidad (un término no utilizado

en el Curso, por cierto), que se puede equiparar con la percepción. La dualidad está en claro contraste con el mundo de la no-dualidad – el conocimiento – que se muestra en la parte superior derecha de la tabla.

La no-dualidad es un estado de Unidad total en el que solo hay Uno – sin

pluralidad en ningún sentido, un estado que los místicos han descrito como

una unidad indiferenciada. Ya hemos discutido este recurrente tema que se

vuelve particularmente importante para entender el perdón y la relación

santa, que reflejan la Unidad del Cielo. La relación santa no es esta Unidad,

sino su reflejo, en la medida en que en la relación santa no percibimos los

intereses de otra persona como algo separado de los nuestros. Así, Jesús

habla del perdón como el reflejo del amor del Cielo (por ejemplo, Lpl.60.1:5). Siendo el amor no-dualista algo totalmente unificado, no ocurre entre un sujeto y un objeto, sino que simplemente es la Unidad y Certeza de Dios. El perdón, parte de la ilusión o el sueño, deshace el principio del ego de uno u otro: tú o yo; uno de nosotros gana, el otro pierde; y haré todo lo que esté en mi poder para que yo sea el ganador. Cuando tal percepción está presente, todos pierden porque el error de la separación se ha hecho realidad; Dios ha perdido y nosotros hemos ganado. No hace falta decir que este pensamiento loco y conflictivo no tiene nada que ver con el estado libre de conflictos de la realidad de la mentalidad-Uno. En el mundo no-dualista del Amor del Cielo, no hay un ser llamado Dios y otro llamado Cristo, cada uno de los Cuales sería consciente del Otro. Tal lenguaje es simplemente una forma dualista que el Curso usa para ayudarnos a acercarnos a la realidad de esta Unidad, en la cual no hay diferenciación, no hay Creador y creado, sino solo la Voluntad unificada y amorosa de Dios. Una vez que hablamos de mente dividida, que es lo que ocurrió después de que pareció surgir el pensamiento de separación, nos referimos al mundo o mente dualista, en el que hay una parte errada y una correcta. Ambas son ilusorias, pero los pensamientos de mentalidad-errada nos arraigan aún más en el mundo dualista de los sueños (separación y percepción), mientras que el pensamiento de mentalidad-correcta nos ayuda a despertar de él. Como Jesús dice en otra parte, el perdón es el final de las

ilusiones y, a diferencia de las ilusiones del ego, no nos arraiga más profundamente en ellas, sino que es su fin (L-pl.198.3).

(IV.4) No se debe confundir a la mente que goza de conocimiento con la

mentalidad recta, ya que sólo esta última está vinculada a la percepción

verdadera. Puedes tener una mentalidad recta o una mentalidad errada, y aun esto es cuestión de grados, lo cual demuestra claramente

que ninguna de ellas tiene nada que ver con el conocimiento. El término

“mentalidad recta” se debe entender como aquello que corrige la “mentalidad-errada”, y se refiere al estado mental que induce a una percepción fidedigna. Es un estado de mentalidad milagrosa porque sana la percepción errónea, lo cual es ciertamente un milagro en vista de cómo te percibes a ti mismo.

Esto nos devuelve a nuestro estado original de mentalidad-Uno o conocimiento, siendo la mentalidad- correcta la corrección de la mentalidad-errada, porque hemos elegido el milagro del Espíritu Santo sobre el juicio del ego.

Esta, entonces, es la estructura de la mente. De nuevo, cuando Jesús habla

de la conciencia, habla del

nacimiento de la mente dividida, en donde la conciencia se describe como

la primera división que se introdujo en la mente después del pensamiento de

separación. La palabra misma implica un sujeto y un objeto. Somos conscientes de algo: de esta persona, del cuerpo que llamamos nosotros

mismos, de una idea que tenemos; somos conscientes, por ejemplo, de estudiar Un Curso de Milagros. El objeto y el perceptor de ese objeto son

parte del sueño, el sistema de pensamiento ilusorio que dice que nos hemos

separado de la Totalidad de Dios. Todo lo que sigue, incluidas las elaboraciones de este error y su corrección, sigue siendo parte del sueño.

Nota en el párrafo IV.3 anterior a este, la clara distinción, ya hecha en el

Capítulo 2, entre fabricar y crear; el ego fabrica o crea falsamente, mientras

que el espíritu crea. El primero se basa en la duda, ya que el yo es un sustituto ilusorio de nuestro verdadero Ser, y nunca podremos estar verdaderamente seguros de nosotros mismos o algo más. Una de las defensas que el ego introduce en este punto es lo que Freud llamó formación de reacciones. Aquí, conscientemente creemos y actuamos lo

contrario de lo que pensamos en secreto sobre nosotros mismos.

Muchos

buscan ocultar su incertidumbre inherente al tener que estar siempre en lo

cierto y demostrar a los demás que están equivocados. Sin embargo, todo el

tiempo la incertidumbre continúa y se proyecta la confusión inherente, necesitando más y más defensa. Solo al recordar nuestra Identidad como

Cristo, el único Hijo de Dios, podemos deshacer la confusión y restaurarnos

a la certeza. El poder de la mente para elegir el milagro es el medio para tal restauración.

El poder de la mente - El tomador de decisiones.

Nuestra discusión sobre la mente comienza con la siguiente oración del párrafo 6 de la sección II, que refleja el proceso que hemos estado describiendo. Junto con las dos partes de la mente dividida, hay una tercera:

el tomador las decisiones, el Hijo de Dios que elige entre los sistemas de

pensamiento del ego y del Espíritu Santo. Cuando elegimos el sistema de

pensamiento del ego, se vuelve real para nosotros, no porque sea cierto,

sino porque creemos en él. Jesús y su curso nos ayudan a devolver a nuestra

conciencia el poder de la mente tomadora de decisiones para retirar su creencia en el ego y colocarla en el Espíritu Santo.

(II.6: 1) La manera de corregir las distorsiones es dejando de tener fe en ellas y depositándola únicamente en lo que es verdad.

Fe es un término importante, mencionado aquí, pero discutido en mayor profundidad más adelante en el texto. Como se usa en Un Curso de Milagros, el término no se entiende en el sentido religioso tradicional, como tener fe en Dios, sino más bien en el sentido de "¿En qué pongo mi fe?": en el ego o en el Espíritu Santo. El tomador de decisiones pone su fe en uno u otro. Veremos que poner la fe en el ego es realmente una falta de fe (infidelidad), porque no confiamos en nada. Por otro lado, poner la fe en el Espíritu Santo es fe total (fidelidad), porque ponemos fe en lo que es real y significativo.

El poder de la mente es simplemente el poder de elegir identificarse con uno de los dos sistemas de pensamiento. Una vez que hacemos esa elección, ese sistema se convierte en realidad para nosotros. Cuando elegimos el ego, como lo hicimos y seguimos haciéndolo, el ego y todo lo que provenga de su sistema de pensamiento permanecerá hasta que nosotros reconozcamos que tiene que haber otra manera, como discutimos en el Capítulo 2. Luego retiramos la fe en la ilusión y la ponemos en la verdad del Espíritu Santo.

Estrictamente hablando, este es el reflejo de la verdad del Cielo, en el cual el Espíritu Santo representa el principio de la Expiación que dice que la separación nunca sucedió

Este mismo tema se elabora nuevamente más adelante en el capítulo: (VII.1: 1-2) Todo sistema de pensamiento tiene que tener un punto de partida. Empieza ya sea creando o fabricando, diferencia ésta a la que ya hemos hecho referencia.

El ego es el sistema de pensamiento de "fabricar", mientras que el sistema

de pensamiento del Espíritu Santo refleja la creación. No es una creación verdadera, la cual sólo puede ocurrir en el nivel del espíritu, pero el pensamiento de mentalidad-correcta se convierte en su expresión en el sueño. En el Cielo creamos como Cristo o nuestro Ser, como un espíritu que extiende el Amor de Dios. Cuando estamos en nuestras mentes correctas, extendemos el perdón del Espíritu Santo. La dinámica es igual, pero con un contenido diferente.

El punto de partida del sistema de pensamiento del ego o del Espíritu Santo es la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes. También es el punto final, porque ahí es adonde el milagro nos llevará en el final de la jornada, lo que Jesús quiere decir cuando cierra el texto con su visión final: "La jornada llega a su fin, y acaba donde comenzó" (T-31.VIII.12:3). El loco viaje hacia la demencia comenzó con el Hijo de Dios tomador de decisiones que elige el ego, y terminará cuando se vuelva cuerdo, reconociendo su demente decisión y cambiando su mente de una vez por todas.

(VII.1: 3-5) La semejanza entre ambas cosas reside en el poder que tienen como cimientos. Su diferencia, en lo que descansa sobre ellas. Ambas son piedras angulares de sistemas de creencias por las que uno rige su vida.

Tanto la separación del ego como la Expiación del Espíritu Santo comparten la característica de ser los cimientos para todos los pensamientos posteriores. Para el ego, esos son los pensamientos de pecado, culpa, miedo, dolor, muerte y el mundo de relaciones especiales del cuerpo. Los pensamientos que fluyen desde el principio de Expiación del Espíritu Santo son totalmente lo opuesto: el milagro, la paz, el perdón y la relación santa.

Lo que también tienen en común, que se discute en otra parte del texto, es que son sistemas de pensamiento lógicos e internamente consistentes. Una vez que comenzamos con la premisa de que la separación es real, todo lo que sigue – la estrategia del ego – fluye naturalmente del pensamiento original. Lo mismo es cierto, por supuesto, para el sistema de pensamiento del Espíritu Santo. Una vez que aceptamos el perdón como el principio guía bajo el cual elegimos vivir nuestras vidas, todo automáticamente se deriva de su paz. La diferencia importante entre los dos es que la premisa de separación del ego es una locura, mientras que el pensamiento del Espíritu Santo sobre la Expiación es cordura. Fuera de esa diferencia, nuevamente, son idénticos en términos de ser sistemas de pensamiento consistentes que se derivan de su premisa original. Además, ambos dan la "vida" por la creencia, basados en lo que nuestras mentes tomadoras de decisiones han elegido. No tienen significado fuera de esta elección, y es solo nuestra decisión la que activa el sistema de pensamiento que hemos elegido creer que es verdad. (VII.1: 6-8) Creer que un sistema de pensamiento basado en mentiras es débil es un error. Nada que un Hijo de Dios haya hecho carece de poder. Es esencial que te des cuenta de esto, pues, de lo contrario, no podrás escapar de la prisión que tú mismo has construido. Como en el Capítulo 2, Jesús nos está enseñando la importancia de respetar el poder de la mente, incluso su poder para elegir mentiras, el cual se extiende al creer en ellas y construir un mundo basado en su falsedad. Si nosotros no reconocemos el poder de la mente para crear falsamente, nunca

recuperaremos la conciencia del poder de la mente para crear.

Recuperar

esa conciencia, a través del perdón, es el requisito previo para

despertar del

sueño, recordando que estamos en el Cielo que nunca abandonamos realmente.

(VII.2: 1-2) No puedes resolver el problema de la autoridad

menospreciando el poder de tu mente. Hacer esto es engañarte a ti mismo, y ello te hará daño porque realmente comprendes el poder de la

mente.

Una parte de nosotros conoce la fuerza de la mente. El hecho de que hemos

olvidado esto (representado en el centro de la tabla por el velo del olvido)

no significa que todavía no esté enterrada en nuestras mentes esa memoria

de lo que aparentemente hemos logrado, con su acompañante culpabilidad.

Jesús nos dice: "Hacer eso es engañarte a ti mismo". En otras palabras, no

podemos resolver el problema de autoridad, pretendiendo que nuestras

mentes son impotentes. Cualesquiera que sean nuestras dificultades con las

autoridades, que siempre tienen que ver con el poder que hemos invertido

en ellas, los problemas vuelven a la negación del poder de la mente para

elegir la culpa o la paz.

Sigue siendo una verdad obvia que nadie puede tener poder sobre nosotros

a menos que decidamos dárselo a esa persona. Esto no se trata del cuerpo ni

de nada del mundo, sino del poder que le damos a otros para que nos quiten

la paz de Dios. Si las personas o los eventos tienen ese poder, es solo porque se lo hemos otorgado. La fuerza de la mente se expresa en el hecho

de que la hemos dado, y luego convenientemente olvidamos que era

nuestra. Esto distorsiona el poder del amor, el cual no tiene opuesto porque no es un poder sobre otro. En el mundo del ego, el poder es dominación, nacido de la creencia original de que triunfamos sobre Dios. Esto nos ayuda a comprender nuestro miedo a otras personas. Les hemos dado el poder de destruir, un poder que creemos que originalmente era nuestro cuando creímos que destruimos el Cielo. Además, ya que nosotros creemos que esta fuerza destructiva funcionó al principio, creemos que funcionará ahora. El problema, sin embargo, es que se lo hemos dado a alguien más, reafirmando la impotencia de la mente. Por cierto, este "alguien más" es, en última instancia, el ego, aunque creemos que es una entidad externa a nosotros que controla nuestras vidas. Una de las formas extrañas que ha tomado esta creencia es que hay un demonio que "nos hizo hacerlo" llevando a Jesús a decir:

(VII.2: 4-8; 5: 1-4) El "diablo" es un concepto aterrador porque parece ser sumamente poderoso y sumamente dinámico. Se le percibe como una fuerza que lucha contra Dios por la posesión de Sus creaciones. El diablo engaña con mentiras, y erige reinos en los que todo está en directa oposición a Dios. Sin embargo, atrae a los hombres en vez de repelerlos, y éstos están dispuestos a "venderle" sus almas a cambio de

regalos sin ningún valor. Esto no tiene ningún sentido.

La mente puede hacer que la creencia en la separación sea muy real y aterradora, y esta creencia es lo que es el "diablo". Es una idea poderosa, dinámica y destructiva que está en clara oposición a Dios debido a que literalmente niega Su Paternidad. Examina tu vida y observa lo que el diablo ha hecho. Pero date cuenta de que eso que ha hecho se desvanecerá completamente a la luz de la verdad, ya que su cimiento es una mentira.

Nosotros somos el diablo, porque el ego es simplemente la parte de la mente que ha elegido identificarse con el pensamiento ilusorio en la

separación. Habiendo transferido el poder al ego, creemos que somos incapaces de cambiar, y que estamos condenados a una vida eterna en el ilusorio mundo de oscuridad del diablo. Mientras que dentro del sueño del ego él es realmente poderoso, en la luz de la verdad simplemente desaparece nuevamente en la nada de donde provino, y con él, su loco sistema de pensamiento de usurpa-ción y especialismo. Volveremos a visitar esta dinámica importante una y otra vez. Miedo, resistencia, y el principio de Expiación.

Hemos visto cómo la mente es tan poderosa que puede volverse contra sí misma, aparentemente negando su propio poder, incluida su capacidad de elegir la Expiación. A este muy importante tema recurrimos repetidamente, y explica nuestra resistencia al Curso – a leerlo, estudiarlo y aplicarlo.

A pesar de haber una parte de la mente que sabe que cada palabra en él es verdadera y que tiene una aplicación directa en nuestras vidas, y que, además, nos haría muy felices si lo siguiéramos, rechazamos obstinadamente lo que Jesús nos insta a hacer. Él dice sobre este tema central en la sinfonía de culpa y miedo del ego:

(IV.6: 5-8) Esto hizo que el espíritu fuese casi inaccesible a la mente y completamente inaccesible al cuerpo. A partir de ahí, se percibió al espíritu como una amenaza, puesto que la luz disipa la oscuridad al mostrarte simplemente que ésta no se encuentra ahí. La verdad siempre prevalecerá sobre el error de este modo. No puede ser éste un proceso activo de corrección porque, como ya he puesto de relieve, el conocimiento no hace nada.

Es por eso que todos odiamos a Dios, a Un Curso de Milagros, y a Jesús, porque no hacen nada en el mundo. Si le pidiéramos hacer algo sobre un problema, lo cual no podemos, nos habríamos quedado atra-pados con él.

Disimuladamente, intentamos seducirlo para que nos ayude aquí, ya que esto lo haría parte de nuestra locura. Aun así, él no hace nada, porque ¿qué hay para hacer? De nuevo, es por eso que el espíritu es percibido como una amenaza. No hace nada para contrarrestar el error, el mal o el pecado; su presencia llena de luz simplemente brilla más allá de nuestra creencia en el sistema de pensamiento ilusorio del ego.

El problema es que una vez que hemos elegido el ego y nos hemos identificado con sus pensamientos de oscuridad, nuestro yo separado se convierte en esa oscuridad. Si simbolizamos la Expiación como una luz, y la separación es simbolizada por la ausencia de luz; elegimos el ego para mantener la Expiación lejos, y la ausencia de luz es la oscuridad. En el Capítulo 1, Jesús definió el pecado como una "falta de amor" (T-1.IV.3:1), lo que significa que no es algo positivo en sí mismo, sino simplemente la ausencia de amor. Cuando nuestras mentes desterraron la luz del amor, hicimos que el pecado y la oscuridad sean reales, haciendo de este ser individual – diferenciado, autónomo y especial – uno de oscuridad. Para proteger y preservar este yo, necesitamos desterrar la luz. Esto, una vez más, explica nuestra resistencia; una parte de nosotros sabe que si realmente aceptamos lo que Un Curso de Milagros está diciendo y lo viviéramos, nuestras vidas serían diferentes. De hecho, nuestras vidas finalmente desaparecerían. Entonces tratamos de permanecer dormidos, soñando con nuestro mundo separado de oscuridad al que intentamos traer la luz. Regresaremos a esta práctica loca a continuación en nuestra discusión sobre el Cristianismo.

Pasamos ahora a por qué las cosas parecen empeorar cuando creemos en

este curso:

(VII.5: 9-11) Todavía no has retornado lo suficiente, y de ahí que tengas tanto miedo. A medida que te acercas a tu Origen, experimentas el miedo a la destrucción de tu sistema de pensamiento como si se tratase

del miedo a la muerte. Pero la muerte no existe. Lo que existe es la creencia en la muerte.

Creo que soy el yo al que le doy mi nombre, que tiene una historia, un cuerpo y un círculo de personas asociado a él. Esta es mi identidad percibida y la que considero mi vida, un yo nacido del sistema de pensamiento de oscuridad del ego. A medida que empiezo a perdonar y a

mirar cada vez más en mi mente – me acerco al Origen, es decir, a Dios –

veo la culpa que ya no protejo, y, por lo tanto, el fundamento en el cual este

yo descansa comienza a debilitarse. Lo que mantiene a este yo vital como

una ilusión es el hecho de que creo que no soy una mente, sino un complejo

cuerpo-cerebro que interactúa con otros cuerpos. Cuanto más elijo el milagro en lugar del ego, vuelvo al punto de elección en mi mente y me

convierto en un observador más que un participante en el sueño del ego, y

cuanto menos estable se vuelve este yo, más me lleva a creer que puede

estar agonizando. Mi identidad se basaba en la idea de que la culpa está

viva y enterrada de forma segura, pero mientras mi culpa aún puede estar

presente, ya no está oculta. Se nos enseña que podemos tomar medidas para

desandar lo que luego se conoce como el "curso de la demencia" al que nos

ha llevado el ego (T-18.I.8:5). Volviendo sobre estos pasos, gradualmente

nos volvemos cuerdos.

Y este es el miedo. La pequeña voz del ego, que no se irá hasta el final, la

que sigue susurrando en nuestros oídos: “Da un paso más con Jesús, continúa pidiéndole ayuda para perdonar, y estarás en grave peligro.

Estás

volviendo a tu mente y recuerda lo que te dije hace mucho, mucho tiempo:

quédate allí y Dios te encontrará, y cuando lo haga, Él no será misericordioso. ¿Es la aniquilación lo que quieres?” En nuestro miedo como se nos dice posteriormente, corremos de regreso a los brazos "seguros" de nuestros amigos: pecado, culpa y muerte (T-19.IV-D.6:1-3).

Así atacamos nuevamente, a nosotros mismos y a los demás. Como Jesús

explica aquí, lo hacemos porque tememos la destrucción de nuestro sistema

de pensamiento. En la medida en que nos identificamos con ese sistema de

pensamiento, creemos que estamos siendo destruidos y que la luz que

brilla, no está en la oscuridad, sino en nosotros. Es solo al des-identificarnos

del ego, que el tomador de decisiones se convierte en un observador y al

observar lo que hacemos, nos damos cuenta de que lo que desaparece no

somos realmente nosotros. Es el viejo yo el que desaparecerá, el sistema de

pensamiento con el que una vez nos identificamos y consideramos sagrado,

pero que no es quienes somos realmente.

Lo que generalmente sucede con aquellos que no son conscientes de esta

dinámica es que son arrojados de nuevo a su ego y a su especialismo. Este

es el origen de lo que generalmente llamamos especialismo espiritual.

Piensan que ser estudiantes de este maravilloso curso los hace maravillosos

en sí mismos, sin tener que hacer el trabajo del perdón.

Inevitablemente

comienzan a juzgar, justificando el ataque tomando partes del Curso fuera de contexto. Es importante tener en cuenta el miedo interno que discutimos anteriormente en el Capítulo 2 - el miedo a la liberación, a la luz que nos despierta del sueño. La única forma en que somos verdaderamente curados es dándonos cuenta de que la oscuridad a través de la cual caminamos es solo el miedo a la luz, y nada más. Para ampliar este punto, consideraremos varias referencias breves en esta sección que se encuentran entre las más esenciales en Un Curso de Milagros. Este tema del principio de Expiación vuelve a aparecer y nuevamente, enfatiza que, aunque dentro del sueño somos libres de creer lo que deseemos - que nosotros destruimos a Dios, crucificamos a Su Hijo y establecimos un mundo que es mejor que el Cielo - esta libertad no es en realidad lo que creemos. Esta es la buena noticia de que la separación nunca sucedió. Dentro de la ilusión podemos soñar lo que deseemos. La mente es muy poderosa, pero no en la medida en que puede hacer las ilusiones reales. La fuente de nuestro miedo, por lo tanto, es que el yo que creemos que somos es ilusorio. Nosotros creemos fervientemente que estamos vivos, y miles de millones respaldan esa creencia. Si la gente nos agrada o nosotros a ellos es irrelevante, porque todos estamos de acuerdo en que existimos como cuerpos. Sin embargo, es cierto que, si nuestras creencias en sí no se establecen como verdaderas, el ego está terminado. Este es el hecho que no

queremos ver, y es el núcleo de nuestra resistencia a la simple verdad de la

Expiación.

(II.1: 8) Nadie es capaz, pues, de negar completamente la verdad, aunque piense que puede.

Creemos que podemos negar la verdad, por eso estamos aquí, sin embargo,

esto no significa que realmente hayamos podido. Resumiendo:

(II.6: 2) No puedes hacer que lo que no es verdad lo sea.

Independientemente de lo convincentes que parezcan los testigos de la

realidad de este mundo y de nuestras percepciones, no tienen poder para

hacer que lo irreal sea real. En algún lugar de nuestras mentes sabemos que

declaración nos hace temblar de miedo, porque significa que no importa lo

que intentemos hacer con este yo, no podemos hacer que tenga una realidad

que no tiene. Esta es una buena noticia para la mente correcta, pero para la

mente errada es terrible, y haremos todo lo que esté a nuestro alcance para

borrarla – el propósito del mundo de erradicar la verdad.

(VI.9: 2-5) No has usurpado el poder de Dios, pero lo has perdido.

Afortunadamente, perder algo no significa que haya desaparecido.

Significa simplemente que no recuerdas donde está. Su existencia no depende de que tú puedas identificarlo, o incluso localizarlo.

Al comienzo del Capítulo 2, vimos cómo el ego nos dijo que habíamos usurpado el poder de Dios, lo cual es el significado del pecado. Lo anterior

nos dice que esto es falso, pero que aún creemos que el poder de Dios ha

desaparecido. Todos hemos tenido la experiencia de pensar que hemos perdido un pedazo de papel importante o algo que sabemos, que está en

algún lugar, pero no podemos encontrarlo. Del mismo modo, el Amor de

Dios – nuestra verdadera Identidad como Cristo – permanece dentro de

nuestras mentes. Realmente no lo hemos perdido, pero hemos olvidado dónde está y hemos perdido conciencia de él. Pero eso es todo. Hemos ocultado el principio de Expiación, la Presencia del Espíritu Santo, y lo hemos hecho de dos maneras: al creer en el pecado, la culpa y el miedo – el sistema de pensamiento de mentalidad-errada que cubre al de mentalidad-correcta – y al decir que la separación es una realidad, lo cual niega la Expiación que dice que eso nunca ocurrió. Luego, para asegurarnos de que nunca encontremos ese "pedazo de papel" lleno de luz, el ego cubre el pecado, la culpa y el miedo con el universo físico, del cual creemos que somos parte. Esto dice que no hay una mente, lo que significa que no tenemos forma de encontrar la Expiación que está allí. Su principio no está solamente enterrado bajo la creencia en el pecado, la culpa, el miedo y la muerte, sino que la estrategia defensiva del ego nos ha dejado fuera de la mente por completo, dejándonos morir en cuerpos sin mente. El milagro simplemente nos recuerda dónde mirar. El Amor de Dios no se encontrará en el mundo, ni como la enseñanza del Curso sobre el especialismo nos recuerda, ni en una iglesia o en un templo, ni en rituales o en personas especiales. El Amor se encuentra solo en la mente. De hecho, alguien o algo puede ser un instrumento para ayudarnos a recordar dónde buscar, pero si creemos que el Amor de Dios se encuentra en lo externo, estamos de vuelta en los brazos del especialismo: uno u otro – que otro tiene lo que me falta. El milagro nos recuerda dónde buscar este pedazo de papel que extraviarnos. Por supuesto, no fue realmente un extravío, sino un

intento consciente de ocultarlo, y luego olvidar que lo habíamos hecho, culpando a otros por lo que parece estar perdido.

Pasamos ahora a quizás la declaración más clara en el texto de este tema:

(VI.10: 1-2) La paz es el patrimonio natural del espíritu. Todo el mundo es libre de rechazar su herencia, pero no de establecer lo que ésta es. Somos libres de negarnos a aceptar nuestra herencia como Cristo, el único

Hijo amado de Dios, pero no somos libres de establecer una identidad falsa.

A pesar de nuestros intentos de establecer que no somos tal como Dios nos

creó como espíritu, y en cambio somos esta "putrescente prisión" de carne

(T-26.I.8:3), el hecho es que no tenemos el poder de alterar Quiénes somos,

no importa cuán poderoso sea el testimonio corporal. De nuevo, el milagro

simplemente nos señala el lugar correcto, diciendo que si queremos recordar Quiénes somos, no necesitamos pasar por años de psicoterapia, ni

buscar la última moda espiritual/psico-lógica del mundo para ayudarnos a

encontrarnos a nosotros mismos. Ninguna de estas formas de magia está

mal si nos ayuda a movernos en la dirección correcta hacia la mente, pero si

realmente queremos encontrar nuestro Ser, debemos ir hacia adentro con el

Espíritu Santo y buscar la solución donde realmente está.

La forma en que vamos hacia adentro es primero mirar hacia afuera, pero a

través de los ojos del Espíritu Santo. Esto nos ayuda a reconocer que lo que

percibimos afuera es una proyección de lo que primero hemos percibido y

hecho real por dentro. Eso nos permite darnos cuenta de que efectivamente

hay un interior, algo más allá del cerebro, el cuerpo, y el mundo. No es solo

que nuestro aparato sensorial no sea lo suficiente-mente sensible, sino que,
¡no funciona en absoluto para nadie! El cuerpo no puede traernos mensajes del mundo, ya que es la mente la que toma el mensaje de separación desde adentro y lo coloca afuera a través de la proyección. Es solo la mente la que percibe mal, y solo la mente que puede curar su percepción errónea. Finalmente, terminando con este tema, leemos:
(VII.4: 6-9) Puedes percibirte como tu propio creador, pero a lo sumo lo que puedes hacer es creerlo. No puedes hacer que sea verdad. Y como dije anteriormente, cuando por fin percibas correctamente no podrás sino alegrarte de que así sea. Hasta entonces, empero, la creencia de que sí puedes es la piedra angular de tu sistema de pensamiento, y utilizas todas tus defensas para atacar las ideas que podrían ponerla al descubierto.
Esta es también una declaración muy clara, y su significado se repite constantemente a lo largo del Curso. Dentro de la ilusión, somos libres de creer que podemos crearnos a nosotros mismos y que somos los autores de nuestra realidad, pero no podemos hacer que sea real. Cuando despertemos, nos alegraremos de darnos cuenta de que la ilusión no sea real. Sin embargo, nuestro estado separado actual nos deja muy ofendidos con ese pensamiento no muy feliz para el ego. Por lo tanto, a medida que comenzamos a des-identificarnos de este sistema de pensamiento, el perdón nos ayuda a aceptar con gratitud el hecho de que nos inventamos todo esto.
Hasta ese punto, continuaremos atacando cualquier idea que exponga la mentira de nuestra propia auto-creación. A veces atacaremos estas ideas directamente, otras veces indirectamente, lo que significa que traeremos la luz de la verdad al sueño de la oscuridad. Es entonces cuando tratamos de hacer que Jesús, el Espíritu Santo, o Dios

establezcan el mundo como real y que se involucren en él. No somos conscientes de que esta es una forma sutil de atacar el Curso, y de que al

hacerlo negamos lo que nos está enseñando. Aún más al punto, es una forma sutil de mantener alejada la luz de la verdad.

Esto nos lleva a nuestro próximo tema: el Cristianismo, y cómo sus seguidores cayeron en la misma trampa de traer la luz a la oscuridad, evitando que el verdadero mensaje de luz de Jesús nos salve de nuestra

creencia en culpa.

Cristianismo.

Este capítulo comienza con la sección "Expiación sin sacrificio", uno de los

tres lugares en Un Curso de Milagros donde Jesús discute específicamente

el Cristianismo. Los otros dos son el comienzo del Capítulo 6, que trata sobre la crucifixión (T-6.I), y "El sanador no sanado" en el Capítulo 9 (T9.V), que analiza dos tipos de sanadores no sanados: el teólogo y el psicoterapeuta, ya ambos cometen el "pecado" de hacer que el error sea real

al menospreciar el poder de la mente tomadora de decisiones.

En "Expiación sin sacrificio", Jesús describe cómo el sistema de pensamiento del ego denigra el poder de la mente al traer a Dios a la escena. Una de las cargas específicas de esta sección es mostrar cómo el

ego hace que el pecado sea real. En cierto sentido, el Curso estaría de acuerdo con la idea Judeo-Cristiana de que el pecado original es el comienzo del problema. Sin embargo, mientras que la Biblia ve el pecado

como real, lo que requiere una respuesta de la Voluntad de Dios, Un Curso

de Milagros entiende el pecado como algo que solo pensamos que sucedió,

haciéndolo real para nosotros con consecuencias desastrosas. Sin embargo,

estas consecuencias no tuvieron efecto en Dios, aunque hemos tratado de

llevar a Dios a la locura del sistema de pecado del ego. Además, el curso

enseña que Dios ni siquiera sabe sobre el ego, el pecado o cualquier otro aspecto de la ilusión (ver, por ejemplo, T-4.II.8:6-7; T-18.VIII.3-4). Dios simplemente es, y si Él supiese sobre el pecado de separación y luego hiciese algo al respecto, por supuesto que lo estaría haciendo real. Esto, desde la perspectiva del curso, haría de Dios el pecador original. En esta primera sección del Capítulo 3, Jesús aborda específicamente lo que ha hecho el Cristianismo tradicional con él y con la crucifixión. La Biblia nos dice que debemos sentirnos culpables porque hicimos algo muy malo, y que, por eso, Dios nos castigará, como se expresa en el mito de Adán y Eva del Génesis. Dios les dice a los dos "pecadores" que hicieron algo terrible, y que algo terrible les sucederá a cambio, ya que el castigo final es la muerte. Cuando uno mira este mito desde el punto de vista de Un Curso de Milagros, uno ve claramente la dinámica del ego trabajando, como se muestra en el cuadro de la mentalidad-errada de la tabla. Una palabra importante en este y en otros capítulos es sacrificio, otra forma de hablar sobre uno u otro, el principio vicioso del ego en el que uno se sacrifica en beneficio de otro. El verdadero Dios nunca ha abandonado el Cielo, por lo que no sabe nada de esto. Sin embargo, el ego dice que Dios cree mucho en uno u otro, y que Él piensa que se ha pecado en Su contra y ha sufrido a manos triunfantes del ego o del Hijo separado. En esta locura, el ego ha robado la vida del Cielo, que luego invirtió en sí mismo. Dios está muerto y el ego muy vivo: el Creador ha sido sacrificado para que el yo separado pueda existir – uno u otro. El ego, como parte de su estrategia para hacernos temer y

voluntariamente abandonar la mente, lleva esta locura un paso más allá
diciéndonos que Dios cree lo mismo. Dios ha sido creado a imagen y semejanza del ego y advierte al Hijo: que como la deidad todopoderosa que
Él es, Él vendrá tras Su niño pecador para robarle la vida que le fue robada
– uno u otro.
Como resultado, el Hijo tendrá que ser sacrificado para apaciguar la ira de
Dios, y el ego nos aconseja huir al mundo. Sin embargo, el ego no nos dice
que las ideas no abandonan su fuente, ni que la idea de la separación nunca
podrá abandonar su fuente en la mente para hacer un mundo. Como ya
hemos visto, el mundo de la separación en la tabla es idéntico al cuadro del
ego de la mentalidad-errada. Siguiendo al ego, pensamos que seríamos
salvados de Dios y de una muerte segura, pero en verdad nos encontramos
en este mundo como seres mortales. La única diferencia ahora – una crucial, sin duda – es que ya no estamos en la mente. Al ego no le importa
si somos destruidos, porque su sistema de pensamiento está seguro. En este acto de autoconservación, el ego hizo un sueño en el que la vida
física sigue y sigue, y continuará de esta manera – viviendo, atacando, muriendo – porque el pensamiento subyacente nunca ha sido deshecho. Más
adelante leeremos que el mundo es la "imagen externa de una condición
interna" (T-21.in.1:5), similar a las imágenes en una pantalla de cine que
son ni más ni menos que la película que pasa por el proyector. El universo
físico en el que vivimos es exactamente como era al principio y así continuará siendo, a menos que se cambie el sistema de pensamiento

subyacente. Hasta que reconozcamos que los horrores que percibimos en el espejo exterior son los horrores que hemos hecho reales en el interior, no hay esperanza, porque estaremos condenados a repetir continuamente nuestros patrones destructivos y auto-destructivos, por eso a lo largo de la historia nada ha cambiado. Esta es también la base de la noción de Freud de la "repetición compulsiva": nos vemos obligados a repetir la misma dinámica neurótica y desadaptativa, sin cambio alguno. Cuando se proyecta la trinidad impía del pecado, la culpa y el miedo, surge un mundo en el que nos sentimos pecaminosos, culpables y temerosos del castigo de Dios. El ego, siempre dispuesto a "ayudar", nos dice que hay una manera de resolver la situación: en lugar de que Dios nos sacrifique, primero nos sacrificaremos a nosotros mismos. De esta manera, con suerte, apaciguaremos la ira del Creador. Entonces, a alguien se le ocurrió una idea aún más brillante para lograr esto: "¿Por qué no hacemos que Dios mate a una sola persona? ¿Por qué todos tenemos que ser asesinados?" Por cierto, no fue el Cristianismo quien inventó esta locura. Se puede encontrar en las sufrientes canciones de los sirvientes de Isaías, y también se encuentra en otras religiones. De hecho, no fue inventado por ninguna religión, ya que es algo inherente al sistema de pensamiento de todos. Una de sus formas más extrañas – en el Cristianismo – es que Dios exige que Su propio Hijo sea asesinado como pago sacrificial por nuestros pecados. Los amantes de la ópera que conocen a Don Carlo de Verdi pueden recordar la escalofriante

escena entre el Gran Inquisidor y el Rey Felipe. Por razones políticas, el clérigo intenta convencer al gobernante Español para matar a su hijo, Don

Carlo. Es comprensible que Felipe se resista al plan y a apoyar su argumento, aunque este finalmente conquista a Felipe, y entonces el Gran

Inquisidor invoca a Dios Mismo, Quien, después de todo, tuvo que sacrificar a Su propio Hijo por el bien mayor de la humanidad.

Obviamente, el plan de Dios no ha ayudado, porque nuestras vidas son tan

miserables como siempre lo fueron. Ahora, sin embargo, tenemos la ilusión

de que hay un método, aunque concebido en una verdadera locura porque el

pensamiento subyacente de la locura no ha cambiado. El error del Cristianismo, que no es diferente al error de todos los demás sistemas de

pensamiento, fue cubrir el verdadero problema. Cuando esto ocurre en un

contexto religioso, el resultado es una mentalidad de ser "más santo que tú"

en la que somos tan espirituales que Dios no puede sino amarnos. Ya que es

uno u otro, Él nos amará, pero odiará a todos los demás – los de otras religiones, los paganos, los dictadores y los malhechores. Él debe odiarlos

porque nos ama a nosotros.

Siendo nada más que el lema del ego de uno u otro (mata o te matarán) este

sistema de pensamiento teológico existirá hasta que se deshaga el pensamiento que lo originó. Sin embargo, ¿cómo puedes deshacer un pensamiento que no sabes que existe? El Cristianismo hizo un mal servicio

al mundo porque tomó las enseñanzas de un hombre que nos mostró dónde

estaban el problema y la respuesta, y los invirtió. En lugar de llevarnos fuera del sueño a la luz de Jesús, el Cristianismo lo arrastró al sueño y lo

hizo parte de su oscuridad. Este es el significado de la declaración de Jesús

más adelante en el texto: "Pues me convertí en el símbolo de tu pecado, y por esa razón tuve que morir en tu lugar" (T-19.IV-A.17:2). Por supuesto, si bien esto no tiene nada que ver con el verdadero Jesús, ciertamente tiene que ver con el "salvador" en nuestras mentes erradas, cuyo especialismo se burla de la Unidad de la creación de Dios y de la verdadera inocencia de Su Hijo. Jesús escribe de sí mismo en Un Curso de Milagros: (I.5) Se me ha llamado correctamente "el cordero de Dios que quita los pecados del mundo", más quienes representan al cordero manchado de sangre no entienden el significado del símbolo. Si se entiende correctamente, es un símbolo muy simple que habla de mi inocencia. El león y el cordero tendidos el uno junto al otro simboliza que la fuerza y la inocencia no están en conflicto, sino que viven naturalmente en paz. "Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios" es otra forma de decir lo mismo. Una mente pura conoce la verdad y en eso radica su fuerza. No confunde la destrucción con la inocencia porque asocia la inocencia con la fuerza y no con la debilidad. Los teólogos Cristianos, comenzando con San Pablo, no reconocieron que al hacer que el pecado sea real para algunas partes de la Filiación, lo estaban haciendo real para todos, incluido Jesús. La inocencia del Hijo de Dios debe ser total, de lo contrario no es real para nadie. No puede ser que solo Jesús sea inocente y el resto de la Filiación sea pecaminosa. El Cristianismo hizo realidad el error del pecado, mientras que Un Curso de Milagros dice que el error fue simplemente un pensamiento equivocado que no tuvo efecto sobre la realidad. La expiación con sacrificio encuentra su camino en cualquier espiritualidad una vez que la espiritualidad se aleja del

mensaje de su inspirado líder. Este es el corazón del sistema de creencias Judeo-Cristiano, y también del Islam. La expiación sacrificial – por ejemplo, el sacrificio manchado de sangre de Jesús – dice que el pecado es real, que debe ser expiado a través de una vida de sufrimiento por lo que se le hizo a Dios, seguido de la mágica esperanza de que Dios esté tan loco como nosotros y acepte nuestra ofrenda de sacrificio y nos perdone. Esta sección se llama "Expiación sin sacrificio". La Expiación verdadera corrige el error diciendo que no ha pasado nada; no hay nada por lo que expiar. Recordemos el principio milagroso que dice: "Expiar" significa "des-hacer" (T-1.I.26:2). No tenemos que arreglar el pecado ni ofrecer formas de repararlo a Dios. Nosotros simplemente miramos la creencia de que el pecado es real y nos damos cuenta de que es una tontería, como lo son los pensamientos que surgieron de él. Sin embargo, esto no es posible a menos que regresemos a la fuente del pensamiento en la mente, entendiendo que el pecado se hizo real porque eso asegura que la separación nunca sea puesta en duda o cuestionada. Lo importante de ese reconocimiento – el significado de deshacer – es ver cómo nuestras vidas individuales reflejan una separación no reconocida, especialmente en nuestras relaciones especiales. En "Las leyes del caos" (T-23.II.4-8), Jesús describe cómo hemos tomado la locura de nuestro sistema de pensamiento y la pusimos en la Mente de Dios Mismo, con una de las consecuencias en la cual Dios se convierte en el Autor o en la Inspiración de la Biblia, en lugar de nuestras mentes divididas. Por lo tanto, el sistema de pensamiento del ego nunca podrá ser cuestionado porque Dios Mismo dice que el pecado es real y que el mundo

que Él creó no puede ser una defensa contra el pensamiento ilusorio del pecado. En cambio, se convierte en un lugar muy real en donde exige sacrificio y exige venganza de Su creación. Inevitablemente, Jesús nos pide al preguntarnos, "¿Cómo podría ser posible esta locura?", la pregunta que el mundo debería haberse estado haciendo desde hace más de dos mil años.

(I.1: 2-8; 2: 7-11) La crucifixión no estableció la Expiación; fue la resurrección la que lo hizo. Son muchos los cristianos sinceros que no han entendido esto correctamente. Nadie que esté libre de la creencia en la escasez puede cometer tal equivocación. Si se examina la crucifixión desde un punto de vista invertido, parece como si Dios hubiese permitido, e incluso fomentado, el que uno de Sus Hijos sufriese por ser bueno. Esta desafortunada interpretación, que surgió como resultado de la proyección, ha llevado a muchas personas a vivir sumamente atemorizadas de Dios. Tales conceptos anti-religiosos se infiltran en muchas religiones. El auténtico cristiano, sin embargo, debería hacer una pausa y preguntarse: "¿Cómo iba a ser posible esto?"... Un ejemplo menor dramático es el del padre que dice: "Esto me duele más a mí que a ti", y se siente exonerado al darle una paliza a

su hijo. ¿Crees que nuestro Padre piensa realmente así? Es tan esencial eliminar cualquier pensamiento de este tipo que debemos asegurarnos de que nada semejante permanezca en tu mente. Yo no fui "castigado"

porque tú fueses malo. La lección completamente benévola que la Expiación enseña se echa a perder si se mancilla con cualquiera de las formas en que esta clase de distorsión se manifiesta.

No hay escapatoria aparente del ego, lo que explica por qué los Cristianos,

por muy bien intencionados que sean, terminaron asesinándose unos a otros: la culpa subyacente nunca fue eliminada. Permaneció inconsciente, y

lo que queda fuera de la conciencia se proyecta inevitablemente, una ley

psicológica que es tan cierta como la ley de la gravedad. Así los Cristianos

bien intencionados, creen conscientemente que están siguiendo a Jesús, el Príncipe de la Paz, mientras entierran su sistema de pensamiento de pecado, culpa, miedo y muerte. Una vez proyectado, ya no se percibe que está en ellos, sino en todos los demás, incluido Dios. Luego se sienten justificados al odiar y atacar, porque alguien más pecó primero. De nuevo, hasta que el pensamiento inconsciente sea deshecho, todos, independientemente de su persuasión religiosa o de la falta de ella, están condenados a repetir el loco sistema de pensamiento de intereses separados, ataque y victimización. Y nada cambiará nunca, porque el sistema de pensamiento del asesinato ha sido puesto en las odiosas manos de Dios Mismo:

(I.2: 4) Con frecuencia la persecución termina siendo un intento de “justificar” la terrible y errónea percepción de que Dios Mismo persiguió a Su Propio Hijo en nombre de la salvación. Uno de los propósitos del Curso, que viene en lenguaje Cristiano, es que Jesús diga, en efecto: “Este es el sistema de pensamiento que durante dos mil años ha sido ofrecido en mi nombre, y está equivocado – no es malo o pecaminoso, sino que está equivocado porque no puede ser que sea de esta manera”. Un Curso de Milagros no menciona al Cristianismo porque es más loco que cualquier otro sistema de pensamiento, sino simplemente porque es el en el cual las enseñanzas de Jesús aparentemente han sido encerradas. El Curso representa un intento de tomar el mayor símbolo de amor del mundo Occidental y corregir los errores que se han cometido en su nombre.

En lo alto de la lista está la noción de hacer realidad el pecado y tener a Dios, hecho a la imagen y semejanza del ego, deshaciéndolo a través del sacrificio y el castigo.

En consecuencia, este es el punto de Jesús en la sección de apertura:

"El

sacrificio es una noción que Dios desconoce por completo" (T-3.I.4:1).

El

propósito del sacrificio ha sido proteger la elección que se hizo para establecer la realidad del ego. El pecado logra esto al enseñar que efectivamente nos hemos separado, una decisión que luego

"protegemos" al

decir que no está en la mente sino en el mal del mundo, el cual parece tan

palpablemente presente, que se exige nuestro castigo. Cuando traemos a

Dios a la escena, por lo tanto, el ego está siempre a salvo, hasta que una

corrección como Un Curso de Milagros nos diga cuán equivocado está el

sistema de pensamiento del ego. El regalo de Jesús para nosotros en su

curso es decir que hay algo que es intrínsecamente loco en esta noción de

sacrificio:

(I.4) El sacrificio es una noción que Dios desconoce por completo.

Procede únicamente del miedo, y los que tienen miedo pueden ser

cruels. Cualquier forma de sacrificio es una violación de mi

exhortación de que debes ser misericordioso al igual como nuestro

Padre en el Cielo lo es. A muchos cristianos les ha resultado difícil

darse cuenta de que esto les atañe a ellos. Los buenos maestros nunca

aterrozan a sus estudiantes. Aterrorizar es atacar, y como resultado

de ello se produce un rechazo de lo que el maestro ofrece,

malográndose así el aprendizaje.

Jesús reconoce la crueldad en el mundo, pero no comparte el juicio de pecado del ego de merecer castigo. Más bien, él enseña que el ataque es una

expresión de miedo y, por implicación, nos pide que perdonemos la

crueldad que las religiones han perpetrado en su nombre. Más adelante en el texto, Jesús nos pide: "No enseñes que mi muerte fue en vano. Enseña, más bien, que no morí demostrando que vivo en ti" (T-11.VI.7:3-4).

Debemos

demostrar el gentil mensaje de resurrección de Jesús – despertar del sueño

de la muerte – viviendo su mensaje. El reforzar el miedo mediante el ataque, como lamentablemente la historia del Cristianismo ha hecho, simplemente perpetúa el sistema de pensamiento del ego de separación,

culpa y miedo. Esto debe ser perdonado, no condenado.

(I.6) La inocencia es incapaz de sacrificar nada porque la mente inocente dispone de todo y sólo se esfuerza por proteger su plenitud.

No

puede proyectar. Tan sólo puede honrar a otras mentes porque honrar a otros es el saludo natural de los verdaderamente amados hacia los que son como ellos. El cordero "quita los pecados del mundo" en el sentido de que el estado de inocencia, o gracia, es uno en que el significado de la Expiación es perfectamente obvio. La Expiación carece por completo de ambigüedad. Es perfectamente inequívoca porque existe en la luz. Únicamente los intentos de ocultarla en las tinieblas han hecho que sea inaccesible para aquellos que eligen no ver.

En la inocencia de Cristo, el Hijo de Dios tal como Él lo creó, no hay pérdida, sino solo Totalidad y Unidad perfecta donde la doctrina del ego de

uno u otro no existe. La Expiación es el gentil recordatorio de esta verdad

porque enseña que no ha ocurrido nada para dañar la pureza de nuestro Ser;

la oscuridad no tiene poder para afectar la luz.

El propósito de esta sección es abrir nuestros ojos al hacernos cuestionar las

"verdades" que quizás habíamos aceptado antes a ciegas. La Expiación no

puede significar sufrimiento o pérdida ya que refleja el amor del Cielo:

(I.7) La Expiación de por sí irradia sólo verdad. Es, por lo tanto, el epítome de la mansedumbre y derrama únicamente bendiciones. No

podría hacer eso si procediese de cualquier otra fuente que no fuese la perfecta inocencia. La inocencia es sabiduría porque no contiene conciencia del mal; y el mal no existe. No obstante, es perfectamente consciente de todo lo que es verdad. El bien puede resistir cualquier clase de mal, al igual que la luz disipa cualquier clase de oscuridad.

La

Expiación es, por lo tanto, la lección perfecta. Es la demostración concluyente de que todas las demás lecciones que enseñe son ciertas.

Si

puedes aceptar esta generalización ahora, no tendrás necesidad de aprender muchas otras lecciones de menor importancia. Basta con que creas esto para que te liberes de todos tus errores.

Volviendo al tema principal de estos primeros capítulos, un gran error del

Cristianismo fue su fracaso en reconocer no solo la universalidad del inocente Hijo de Dios, sino que su aparente culpa existía solo en la mente,

siendo el resultado de nada más que de una decisión equivocada. Su inocencia todavía se puede encontrar allí, esperando su elección para realizar la corrección. El propósito de Jesús ha seguido siendo señalar esta

verdad de la Expiación, y, al mismo tiempo, amorosamente tomar nuestra

mano para llevarnos de vuelta a la mente donde esta verdad ha permanecido. Resistir a Jesús y a su gentil autoridad es la postura defensiva

del ego que garantiza que se mantenga custodiado a su amor. Esta es la

primera indicación del problema de la autoridad, que se destaca más adelante en el capítulo y se discute en nuestra próxima sección. El problema

con la autoridad de Jesús es un fragmento oscuro del problema con nuestro

Creador, ya que creemos que Él está empeñado en nuestra destrucción y,

por lo tanto, que en Su Amor no se puede confiar. Tampoco podemos confiar en Jesús:

(I.3: 4-10) Dios no cree en el castigo. Su Mente no crea de esa manera. Dios no tiene nada contra ti por razón de tus “malas” acciones. ¿Cómo sería posible entonces que me hubiese acusado a mí por ellas?

Asegúrate de que reconoces cuán absolutamente imposible es esta suposición, y también de que procede enteramente de la proyección. Este tipo de error es responsable de una multitud de errores similares, incluyendo la creencia de que Dios rechazó a Adán y lo expulsó del Jardín del Edén. Quizá por eso piensas a veces que no te estoy guiando bien.

La locura de este pensamiento ha pasado desapercibida durante más de dos

milenios porque no es solo la base de las dos religiones Occidentales del

Judaísmo y el Cristianismo que han llevado este impresionante peso a la

Autoridad Divina, sino por nuestra identidad como un ser que está pecaminosamente separado de su Fuente. Sus supuestos subyacentes de

culpa y proyección forman la base del problema de autoridad, el cual es

nuestro próximo tema.

El problema de autoridad.

La discusión de Jesús sobre el problema de autoridad viene en la sección

VI, "Los juicios y el problema de la autoridad", y su base es nuestro conflicto con Dios, la máxima Autoridad. Esto convierte al sistema de pensamiento de mentalidad-errada del ego en un campo de batalla: he usurpado el lugar de Dios en el trono de la creación, y Él volverá para ocupar Su lugar. ¿Cómo podemos confiar en la Autoridad, o en cualquier

autoridad? Este es el problema central que necesita corrección y Expiación.

Por cierto, uno puede ver en estos pasajes el juego de palabras alrededor de

autoridad, autor, autoría y problema de autoridad:

(VI.7: 1-3) He hablado de distintos síntomas, y, a ese nivel, la variedad de los mismo es casi infinita. Todos ellos tienen, no obstante, una sola causa: el problema de la autoridad. Ésta es "la raíz de todo mal".

La frase "la raíz de todo mal" es bíblica (1 Timoteo 6:10), refiriéndose al

dinero. Aquí se le da mucho mayor alcance, donde el problema de la autoridad es la loca creencia de que hemos atacado a Dios, Quién al enojarse nos devolverá el cumplido. Lo que llamamos problemas de

autoridad aquí son fragmentos oscuros del problema de autoridad original.

Por cierto, no nos estamos refiriendo al comportamiento, en términos de

posibles respuestas a figuras de autoridad abusivas. Nuestro enfoque está

más bien en que el sistema de pensamiento de mentalidad-errada necesita

ser abusado y victimizado por las autoridades. Para repetir esta importante

precaución, el Curso no justifica que las autoridades abusen de su posición

o poder, ni sugiere que no debemos responder conductualmente para detener tal abuso. Sin embargo, antes de actuar, siempre debemos recordar

que Jesús nos instó a que primero le preguntemos, para que nos muestre que

el verdadero origen del problema es la creencia de que logramos lo imposible al abusar del Cielo, y ahora Dios está tratando de hacer lo mismo

con nosotros. Tal reconocimiento nos garantizaría la respuesta de mentalidad-correcta en la que todos los involucrados en la situación serían

percibidos como pidiendo ayuda.

(VI.8: 1-2) El problema de la autoridad es en realidad una cuestión de autoría. Cuando tienes un problema de autoridad, es siempre porque crees ser tu propio autor y proyectas ese engaño sobre los demás.

El problema central es nuestra culpa por lo que creemos que hemos hecho.

En el hecho mismo de que pensamos que estamos aquí en este mundo, hay

una declaración que afirma "Estoy aquí como una entidad separada porque

asesiné a Dios y me convertí en el Creador, creándome a mí mismo". Eso

solo puede conducir a la culpa que exige castigo. Nosotros luego proyectamos nuestra culpa, creyendo inevitablemente que Dios nos castigará. Olvidando nuestra parte en esta locura, ahora somos conscientes

solo de lo que Dios o las autoridades mundanas nos harán.

(VI.8: 3-5) Percibes entonces la situación como una en que los demás están literalmente luchando contigo para arrebatarte tu autoría. Éste es el error fundamental de todos aquellos que creen haber usurpado el poder de Dios. Esta creencia les resulta aterradora, pero a Dios ni siquiera le inquieta. Dios, por supuesto, ni siquiera es consciente de nuestra locura; pero esta es una situación crítica para nosotros y para el mundo que fue hecho para ocultar la enormidad de nuestra culpa sobre lo que creemos que fue un pecado imperdonable. El punto, para repetirlo, no es lo que las autoridades hacen o no hacen en el mundo, sino nuestra necesidad de ser abusados por otras personas, una dinámica hábilmente ocultada en nuestras mentes inconscientes. Al regalar el poder de nuestra mente, parece que otros nos están haciendo lo que en secreto creemos – pero lo hemos olvidado – que le hemos hecho a ellos. Nuestra existencia es testigo de este hecho aparente, porque no estaríamos aquí si no hubiéramos usurpado el lugar de Dios. Este tema subyacente ha dirigido o mal dirigido a muchos sistemas religiosos, incluidos los bíblicos. Sin embargo, no hay nada en esta locura que tenga que ver con el Dios verdadero, ya que es exclusivamente una cuestión de nuestras proyecciones sobre Él y Sus Agentes.

(VI.8: 7) Las creaciones de Dios disponen de la verdadera Autoría, más tú prefieres permanecer anónimo cuando eliges separarte de tu Autor. No hay forma de salir de este dilema imposible a menos que se examine y se deje ir su premisa básica. Nosotros nunca realmente nos separamos de nuestro Creador, y, por lo tanto, no hay justificación para la culpa, y mucho menos para su proyección sobre los demás. No obstante, existe una total

justificación para aprender que nuestro error no tuvo efectos: el Cielo no se
perdió para nosotros debido a la elección ilusoria de la mente sobre una
realidad ilusoria. El milagro nos revela dónde mirar: en la mente en lugar
del cuerpo. Nuestro poder como Cristo es "sostenido" para nosotros por el
Espíritu Santo, el recuerdo en la mente-correcta del Ser. Es el recordatorio
del verdadero Autor, lo que nos permite ver finalmente nuestra propia
autoría percibida y decidir en contra de ella. Nosotros optamos por unirnos
a nuestra Autoridad, en lugar de mantener el problema del pecado, la culpa
y el miedo que es el problema de autoridad. Jesús lo dice así:
(VI.10: 3-7) El problema que todos tienen que resolver es la cuestión
fundamental de la autoría. Todo miedo procede en última instancia, y a
veces por rutas muy tortuosas, de negar la verdadera Autoría. La
ofensa no es nunca contra Dios, sino contra aquellos que lo niegan.
Negar Su Autoría es negarte a ti mismo la razón de tu paz, de modo
que sólo te puedes ver a ti mismo fragmentado. Esta extraña
percepción es el problema de la autoridad.
La buena noticia es que nuestros "pecados" contra Dios no tuvieron
efecto.
Su amorosa Unidad nunca fue fragmentada en segmentos, ni Él está
enojado tratando de castigarnos. Solo en sueños nuestra paz fue
destrozada,
y el milagro de la Expiación nos despierta suavemente recordándonos
que
nuestra Fuente es nuestra Fuente, y que nada ha cambiado el amor
perfecto.
Conocimiento versus percepción.
Otro tema importante de este capítulo es la diferencia entre
conocimiento y
percepción, y cómo los errores que dieron origen al mundo perceptivo
se
corrigen a través de la verdadera percepción del Espíritu Santo. Una de
las
características principales del estado de conocimiento, o el Cielo, es la

Unidad, que se muestra en la parte superior derecha de la tabla y ahí es

donde comenzamos:

(II.4: 5-6; 5: 4-5) Ser uno es ser de una misma mente o voluntad.

Cuando la Voluntad de la Filiación y la del Padre son una, la perfecta armonía entre ellas es el Cielo... El Hijo de Dios es parte de la Santísima Trinidad, pero la Trinidad en Sí sola es Una sola entidad. No hay conflicto entre Sus Niveles porque éstos son de una sola Mente y de

una sola Voluntad.

La cualidad distintiva del Cielo, nuevamente, es la Unidad perfecta, y cuando la separación pareció suceder, pareció como si ahora hubiese un

universo perceptivo. La palabra percepción tiene una clara connotación dualista: percibo algo, siendo el resultado inevitable del dominio de la conciencia. Sin embargo, esta dualidad no tiene efecto en la unidad del Hijo

de Dios: "una Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1). Otro aspecto del

conocimiento, o Mente, es su naturaleza no-específica o abstracta, en oposición al mundo de percepción de la mente-dividida. Esta distinción refleja la distinción importante del Curso entre fabricar y crear:

(V.2) Desde que se produjo la separación ha habido una gran confusión entre las palabras "crear" y "fabricar". Cuando fabricas algo, lo haces como resultado de una sensación específica de carencia o de necesidad.

Nada que se haya hecho con un propósito específico tiene la capacidad de poder generalizarse. Cuando haces algo para remediar lo que percibes como una insuficiencia, estás afirmando tácitamente que crees

en la separación. El ego ha inventado un gran número de sistemas de pensamiento ingeniosos con ese propósito. Mas ninguno de ellos es creativo. La inventiva, aun en su manifestación más ingeniosa, es un esfuerzo en vano. Su naturaleza sumamente específica apenas se compara con la creatividad abstracta de las creaciones de Dios.

El significado de abstracto en Un Curso de Milagros es "no-específico". Su

uso es ligeramente diferente del uso cotidiano, como es evidente en el pasaje anterior, donde Jesús contrasta lo abstracto con lo específico, lo que

denota el contraste entre Dios y el ego. Una forma clara de distinguir entre la verdad (o la verdad reflejada) y la ilusión es notar si estamos enfocados en detalles. Este enfoque es otra forma de hablar del especialismo, al que volveremos mucho más adelante. Todos los aspectos del sistema de pensamiento del ego son específicos, ya que se esfuerzan por mantener la especificidad original – nuestra separación del Amor abstracto de Dios – y reflejan la necesidad inherente de estar separado y ser especial. Esto nos lleva a nuestra creencia en la escasez o en la falta, lo que impulsa nuestras auto-percepciones de necesidad. Estas a su vez resultan en nuestra necesidad hacer o inventar un mundo que se adapte ingeniosamente a estas necesidades, alejándonos aún más del pensamiento de Expiación que nos despertaría de esta pesadilla perceptiva y nos devolvería al conocimiento.

Se deduce, entonces, que el pedirle ayuda específica a Jesús siempre recibe la bendición del ego, porque refuerza la locura de su creencia de que algo le falta al Hijo de Dios, una creencia que exige que nos centremos en lo específico en lugar de en lo Abstracto. Es por eso que Jesús nos recuerda que solo necesitamos recordar que nosotros lo tenemos todo y que no necesitamos nada. Recordar este hecho feliz es nuestra única necesidad y debería ser nuestra única oración:

(V.6) La oración es una forma de pedir algo. Es el vehículo de los milagros. Mas la única oración que tiene sentido es la del perdón porque los que han sido perdonados lo tienen todo. Una vez que se ha aceptado el perdón, la oración, en su sentido usual, deja de tener sentido. La oración del perdón no es más que una petición para que puedas reconocer lo que ya posees. Cuando elegiste la percepción en vez del conocimiento, te colocaste en una posición en la que sólo

percibiendo milagrosa-mente podías parecerte a tu Padre. Has perdido el conocimiento de que tu mismo eres un milagro de Dios. La creación es tu Fuente y es también la única función que verdaderamente tienes. Nuestra función de creación es no-específica, y no tiene referencia en nada

del mundo perceptivo, porque el conocimiento es abstracto. Jesús dedica

una sección completa, "Percepción y conocimiento", a este contraste entre

percepción y conocimiento, ilusión y verdad. Sin embargo, necesitamos una

corrección específica antes de que podamos despertar del sueño de la dualidad, y la verdadera percepción corrige nuestras percepciones erróneas

a través del milagro y nos devuelve al conocimiento:

(III.1: 2) ... la percepción tiene que ser corregida antes de que puedas llegar a saber nada.

El primer párrafo contrasta la incertidumbre y la certeza, y, de nuevo, la

verdadera percepción es el medio para cerrar la brecha forjada por la creencia en la separación, llevándonos a la Certeza que está más allá toda

dualidad:

(III.1: 3-10) Saber es tener certeza. La incertidumbre significa que no sabes. El conocimiento es poder porque goza de certeza, y la certeza es

fuerza. La percepción es temporal. Al ser un atributo de la creencia en el espacio y en el tiempo, es susceptible de producir miedo o amor. Las percepciones falsas producen miedo y las verdaderas fomentan el amor,

mas ninguna de ellas brinda certeza porque toda percepción está sujeta

a cambios. Por eso es por lo que la percepción no es conoci-miento. La verdadera percepción es la base del conocimiento, pero gozar de conocimiento es la afirmación de la verdad y esto se encuentra allende cualquier percepción.

Este es un aspecto crucial de la enseñanza y práctica del Curso. No podemos pasar de las ilusiones a la verdad, del miedo al amor, de la percepción al conocimiento, sin pasos intermedios. Estos pasos felices (o

sueños felices) siguen siendo parte de la ilusión, pero a diferencia de las demás, no generan más ilusiones porque conducen más allá de ellas. Son los medios que Jesús usa para aliviar nuestro miedo de una manera gentil, sin precipitarnos al pánico. Como se ve en la tabla, la verdadera percepción es sinónimo de perdón y milagro. Continuamente volveremos a este tema de cerrar amablemente la brecha de las pesadillas para poder despertar. Mucho más adelante en el texto, Jesús nos pide que cuestionemos cada valor que abrigamos (T-24.in.2:1). De hecho, Un Curso de Milagros es una invitación a cuestionar todo lo que creemos, comenzando con la validez de nuestras percepciones. Como solo el conocimiento del Cielo es verdad, solo eso es real. Sin embargo, necesitamos comenzar en algún lugar, y cuestionar nuestras percepciones – nuestras cuestionables percepciones, perdón por el juego de palabras – es el papel del milagro: (III 2: 4-11) El milagro, al ser una manera de percibir, no es conocimiento. Es la respuesta correcta a una pregunta, más cuando sabes no preguntas. El primer paso en el proceso de deshacer lo ilusorio es cuestionarlo. El milagro – la respuesta correcta – lo corrige. Dado que las percepciones cambian, su dependencia del tiempo es obvia. La forma en que percibes en cualquier momento dado determina tu comportamiento, y las acciones sólo pueden ocurrir en el tiempo. El conocimiento es intemporal porque la certeza es algo incuestionable. Cuando dejas de hacer preguntas es que ya has alcanzado el conocimiento. El milagro es la pregunta que nos lleva más allá de sí misma a la Respuesta que está más allá de la percepción. Luego simplemente conocemos. El milagro deshace el miedo al conocimiento al cancelar nuestra identificación

con el tiempo, la trinidad impía del pecado, la culpa y el miedo del ego transformada en pasado, presente y futuro:

(III.3) La mente que cuestiona se percibe a sí misma en el tiempo, y, por

lo tanto, busca respuestas para el futuro. La mente no receptiva, por el contrario, cree que el futuro va a ser igual que el presente. Eso da lugar

a un estado de aparente estabilidad que es normalmente un intento de contrarrestar el miedo subyacente de que el futuro va a ser peor que el presente. Este miedo coarta enteramente la tendencia a cuestionar.

Nuevamente, cuando le pedimos ayuda a Jesús para cuestionar nuestras

dementes percepciones de la realidad, el miedo que nace de la separación se

disuelve en el presente intemporal – el instante santo – a medida que nuestros ojos se despiertan lentamente sus sueños de miedo.

Así volvemos al puente de la verdadera percepción que nos lleva a casa.

Esta visión no es la verdad, sino que la refleja dentro del gentil advenimiento que no ve separación entre los aparentes fragmentos de la

Filiación, percibiendo la similitud inherente en la mente dividida de todos

los Hijos de Dios: mente errada, mente correcta y tomador de decisiones.

Pasamos ahora a esta visión santa, donde Jesús nos advierte contra la confusión entre la verdadera percepción y el conocimiento, entre la corrección y el hecho, entre el puente y la realidad:

(III.4) La verdadera visión es la percepción natural de la visión espiritual, pero es todavía una corrección en vez de un hecho. La visión espiritual es simbólica, y, por lo tanto, no es un instrumento de conocimiento. Es, no obstante, un medio de percepción correcta, lo cual

la sitúa dentro del propio ámbito del milagro. Una “visión de Dios” sería un milagro más que una revelación. El hecho en sí de que la percepción esté involucrada demuestra que la experiencia no pertenece

a la esfera del conocimiento. De ahí que las visiones, por muy santas que sean, son efímeras.

No es la forma de la visión lo que queremos, algo perceptivo o externo, sino

el contenido. Mucho más adelante en nuestra sinfonía, Jesús aplica la misma precaución, recordándonos que las notas del himno Celestial, los

detalles, no son nada (T-21.I.7:1), porque lo que queremos es el himno abstracto en sí mismo. El himno es la paz de Dios que está más allá de la

percepción, y este es nuestro verdadero objetivo. ¿Puede alguna experiencia

transitoria aquí, por dichosa que sea, ser preferible a la paz eterna del Cielo?

(III.5: 9-13) La percepción, el milagro y la acción están estrechamente vinculados. El conocimiento es el resultado de la revelación y genera solo pensamiento. La percepción, aun en su forma más espiritualizada, incluye al cuerpo. El conocimiento procede del altar interno y es intemporal porque goza de certeza. No es lo mismo percibir la verdad que conocerla.

Para volver a este punto esencial, debemos comenzar en el mundo perceptivo, donde creemos que estamos, y aprender primero cómo alcanzar

el reflejo del conocimiento: el peldaño que nos lleva a casa. Estos peldaños

implican cambios en la forma en que nos percibimos. En lugar de usar las

relaciones como el medio de expresar la creencia del ego en la separación,

las vemos ahora, siguiendo a nuestro nuevo maestro, como un medio para

reflejar la Unidad del Cielo, expresando en la forma, el importante cambio

en la mente de la percepción de intereses separados a los compartidos. Esta

es la esencia del siguiente pasaje:

(III.6: 1-3; 7) Una percepción correcta es necesaria antes de que Dios pueda comunicarse directa-mente con Sus altares, los cuales Él estableció en Sus Hijos. En dichos altares es donde Él puede comunicar Su certeza, y Su conocimiento inevitablemente brindará paz. Dios no es

un extraño para Sus Hijos, ni Sus Hijos son extraños entre sí. ... Si

atacas el error que ves en otro, te harás daño a ti mismo. No puedes conocer a tu hermano si lo atacas. Los ataques siempre se lanzan contra extraños. Al percibir falsamente a tu hermano lo conviertes en un extraño, y, por lo tanto, no puedes conocerlo. Le tienes miedo porque lo has convertido en un extraño. Percíbelo correctamente para que lo puedas conocer. En la creación de Dios no hay extraños. Para poder crear como Él creó tan sólo puedes crear lo que conoces, y lo que,

por lo tanto, aceptas como tuyo. Dios conoce a Sus Hijos con absoluta certeza. Los creó conociéndolos. Los reconoce particularmente. Cuando ellos no se reconocen entre sí, no lo reconocen a Él.

Si somos sinceros sobre nuestro deseo de conocer a Dios y Su certeza, debemos ser igualmente sinceros sobre los medios que Jesús nos proporciona para lograr ese conocimiento. Si rechazamos su visión del perdón, nosotros rechazamos a Dios nuevamente. Este tema crucial en nuestra sinfonía es el corazón del plan de estudios de Jesús. Incluso aunque

la Unidad no pueda ser conocida aquí, podemos reconocer su reflejo, lo que

explica el énfasis del Curso en sanar nuestras relaciones: cambiar de las

percepciones falsas y temerosas del ego que nos alejan al uno del otro, a la

verdadera percepción del Espíritu Santo que no excluye a nadie, porque los

Hijos de Dios son igualmente inocentes.

(II.2) La inocencia no es un atributo parcial. No es real hasta que es total. Los que son parcial-mente inocentes a veces tienden a actuar neciamente. Su inocencia no pasa a ser sabiduría hasta que no se convierte en un punto de vista de aplicación universal. La percepción verdadera, o percepción inocente, significa que nunca percibes falsamente y que siempre ves correctamente. Dicho de una manera más

llana, significa que nunca ves lo que no existe y siempre ves lo que sí existe.

Jesús nos ayuda a ver primero los pecados de los demás como nuestras

proyecciones, lo que nos permite cambiar nuestra percepción de pecados a

errores. Esto requiere corrección, no castigo, ver a todos como pidiendo el amor que no creen que se merecen, y la perfección que no creen que son.

Lo que no existe en el sueño son los intereses separados, y lo que si existen son los intereses compartidos; a saber, que todos comparten la necesidad de la mentalidad-correcta para despertar del sueño de mentalidad-errada de separación. Ayudarnos a alcanzar esta percepción curada es la función del milagro:

(II.3) Cuando no tienes confianza en lo que alguien va a hacer, estás dando testimonio de tu creencia de que esa persona no está en su mente recta. Difícilmente puede ser ése un marco de referencia basado en el milagro. Esa falta de confianza produce asimismo el efecto desastroso de negar el poder del milagro. El milagro percibe todo tal como es. Si lo único que existe es la verdad, lo único que la mentalidad recta puede ver es perfección. He dicho que sólo lo que Dios crea o lo que tú creas con la misma Voluntad existe realmente. Eso es, pues, lo único que los inocentes pueden ver. Los inocentes no adolecen de una percepción distorsionada.

Lo que está dentro del mundo ilusorio es el objetivo común de despertar del sueño, la verdadera percepción que es el hogar del milagro, corrigiendo las percepciones erróneas del ego de separación y juicio. El milagro, entonces, es la fuente de toda curación, restaurando al Hijo de Dios la conciencia de su perfección:

(II.6: 3-7) Si estás dispuesto a aceptar aquello que es verdad en todo lo que percibes, dejas que sea verdad para ti. La verdad supera todo error, y aquellos que viven inmersos en el error y en la vacuidad jamás pueden encontrar consuelo duradero. Cuando percibes correctamente cancelas tus percepciones falsas y las de los demás simultáneamente. Puesto que los ves tal como son, les ofreces tu aceptación de su verdad

para que ellos puedan aceptarla en sí mismos. Ésta es la curación que el milagro produce.

Esta es también la esencia del perdón, el núcleo de nuestro programa de

estudios. Para reiterar esta importante enseñanza: no podemos conocer la

unidad de la verdad, pero a medida que aprendemos a ver su reflejo en

alguien a quien hemos atacado al proyectar nuestra creencia en la separación, aprendemos que los Hijos de Dios no son diferentes unos de

otros en el nivel mental, porque son uno en el propósito del perdón. Por nuestra aceptación de esta simple verdad, servimos como modelos de decisión para los demás. Hemos aprendido que conocer a un Hijo es conocer a todos los Hijos, lo cual es la condición para recordar a nuestro

único Creador:

(V.8: 3-9) La verdad sólo se puede conocer. Toda ella es igualmente verdadera, y conocer cual-quier parte de ella es conocerla en su totalidad. Únicamente la percepción entraña una conciencia parcial. El conocimiento trasciende las leyes que gobiernan la percepción porque un conocimiento parcial es imposible. El conocimiento es uno y no tiene

partes separadas. Tú que eres realmente uno con él, sólo necesitas conocerte a ti mismo para que tu conocimiento sea total. Conocer el milagro de Dios es conocerlo a Él.

Este tema de una persona siendo todas las personas es fundamental para la

comprensión del proceso de perdón del Curso, que ejemplifica el principio

holográfico de que el todo se encuentra en cada parte. Lo que parece estar

fragmentado es simplemente la ilusión fomentada por el sistema de pensamiento de especialismo del ego. En verdad, el Hijo de Dios es uno,

tanto en la perfecta Unidad del Cielo como en las sombras fragmentarias de

la mente dividida. Conocer una parte del Hijo de Dios totalmente es conocer la totalidad de la Filiación. Jesús continúa explicando:

(V.9: 1-2) El perdón es lo que sana la percepción de la separación. Es necesario que percibas correctamente a tu hermano debido a que las mentes han elegido considerarse a sí mismas como entidades separadas.

Una vez que definimos nuestros problemas como nada más que separación, definimos la solución como deshacer la separación. Este es el papel del perdón o el milagro, el cual conduce a la verdadera percepción de nuestros

hermanos – que son uno con nosotros, ya que somos uno con nuestra Fuente.

Antes de pasar a la siguiente sección, es importante reiterar que la percepción no existe en la realidad o conocimiento, sino solo en el mundo

dualista de la ilusión, como leemos ahora:

(IV.1: 5-9) Antes de que la separación introdujese las nociones de grados, aspectos o intervalos, la percepción no existía. El espíritu no tiene niveles, y todo conflicto surge como consecuencia del concepto de

niveles. Sólo los Niveles de la Trinidad gozan de Unicidad. Los niveles creados por la separación no pueden sino estar en conflicto. Ello se debe a que ninguno de ellos significa nada para los demás.

Debido a que el ego está basado en el conflicto, la guerra imaginaria entre

él y Dios, el mundo perceptivo que surgió de él, también debe basarse en el

conflicto. De hecho, todo aquí está en conflicto con todo lo demás.

Recordemos el principio central del Curso: las ideas no abandonan su fuente. El pensamiento fundamental del conflicto del ego nunca podrá abandonar su fuente en la mente, lo que significa que el mundo proyectado

que parece ser externo, permanece dentro de la mente en conflicto y es, de

hecho, la mente en conflicto. Esto hace que el mundo perceptivo sea un

mundo sin significado, que está en conflicto y oposición, lo cual es otra forma de decir que el mundo perceptivo es un lugar de cosas específicas.

Esto nos lleva al mundo del juicio, un tema fundamental en Un Curso de

Milagros que hace su primera aparición importante aquí en el Capítulo 3.

Juicio.

El concepto de juicio tiene dos significados en el Curso. El primero es la "condena", con mucho, el más importante en términos de la enseñanza de

Jesús. Cuando dice que debemos renunciar al juicio, quiere decir debemos

dejar de condenar a otros o juzgar en contra de ellos. Sin embargo, el juicio

también tiene un gran significado, muy importante en el mundo de la percepción. En este sentido, juicio significa "selectividad" lo que implica

que hay cosas para elegir. Nada de esto, por supuesto, es cierto en el Cielo,

en cuyo conocimiento unitario no hay nada para elegir. Es solo dentro de

nuestro mundo de pesadilla de dualidad que creemos que podemos elegir

otra cosa. Sin embargo, no hay nada más, y en verdad no puede haber juicio

ni selectividad.

Una vez que se produjo la mente dividida, comenzó el juicio y cuando fabricamos el universo físico con sus miles y miles de millones de fragmentos, continuamos juzgando. De hecho, sin juicio, la existencia aquí

sería imposible. Por ejemplo, no podría seguir centrado en mi escritura en el

momento presente si prestara atención a todos los estímulos presentes en mi

oficina que bombardean mi conciencia: sensaciones en mis manos y otras

partes de mi cuerpo, olores, sonidos, colores, etc. Debo hacer una elección,

obviamente hecha inconscientemente, para seleccionar o juzgar contra esos

elementos perceptivos en la habitación que no están relacionados con mi

escritura. Usando otro ejemplo, imagina personas conduciendo por una

carretera y permitiendo en su conciencia todos los estímulos a su alrededor.

Chocar el auto sería imposible de evitar, lo que significa que se necesita

descartar lo que es irrelevante y centrarse solo en lo que es de preocupación

inmediata.

Estos juicios, entonces, son perfectamente naturales y necesarios para vivir

en el mundo, y esta percepción selectiva es la base de la corrección del

Espíritu Santo para el juicio del ego. Nos fijamos en los dos sistemas de pensamiento mutuamente excluyentes y hacemos el único juicio significativo posible: el de la luz sobre la oscuridad y el de la verdad sobre

la ilusión. El proceso se describe de esta manera, en el contexto del primer

principio de los milagros:

(II.1: 1-5) He afirmado que los conceptos básicos a los que este curso hace referencia no admiten grados. Algunos conceptos fundamentales no pueden entenderse en función de sus opuestos. Es imposible concebir la luz y la oscuridad, o todo y nada, como posibilidades compatibles. Estos conceptos son o completamente verdaderos o completamente falsos. Es esencial que te des cuenta de que tu pensamiento seguirá siendo errático hasta que te comprometas firmemente con la luz o con la oscuridad.

Jesús nos está entrenando para estar atentos al juicio del ego y tener en

cuenta el suyo. Como el juicio es un tema importante de nuestra sinfonía,

pasamos a la sección "Los juicios y el problema de la autoridad", que comienza con una referencia al Juicio Final, también discutido al final del

Capítulo 2. En el Cristianismo, esto es cuando Dios o Jesús hacen el juicio

final de quién será salvado y quién será condenado. Como lo hizo con el

concepto de las defensas (explicado en el Capítulo 2) y, de hecho, como lo

hace a lo largo de su curso, Jesús toma un concepto con fuertes

connotaciones del ego y nos proporciona un concepto con un sentido totalmente diferente. El Juicio Final no es algo que Dios hace, sino que nosotros miramos hacia atrás en todo lo que el ego ha hecho y juzgamos en

su contra: "Esto ya no es lo que creo ni lo que elijo hacer real".

El Juicio Final, por lo tanto, no es punitivo, sino un juicio totalmente benigno que simplemente ve el error por lo que es y proclama, para citar el

libro de ejercicios, "... que lo falso es falso, y que lo que es verdad jamás ha

cambiado" (L-pII.10.1:1). Observamos lo que hizo el ego y juzgamos su falsedad, aceptando la verdad de la Expiación que hasta ahora habíamos

juzgado tan tenazmente.

(VI.1) Hemos hablado ya del Juicio Final, aunque no con gran detalle.

Después del Juicio Final no habrá ningún otro. Dicho Juicio es simbólico porque más allá de la percepción no hay juicios. Cuando la Biblia dice: "No juzguéis y no seréis juzgados" lo que quiere decir es que si juzgas la realidad de otros no podrás evitar juzgar la tuya propia.

Aquí hay una implicación importante: todo lo que es perceptual o simbólico

no es real y no puede ser de Dios. Lo importante es lo que está simbolizado,

no el símbolo en sí. Cuando sanamos una relación, estamos simbolizando el

retorno a la conciencia de nuestra Identidad como el único Hijo de Dios. El

juicio de mentalidad-errada (ataque) mantiene la separación; el juicio de

mentalidad-correcta (perdón) la deshace. La forma en que vemos a los demás es la forma en que nos vemos a nosotros mismos, y viceversa.

Jesús

nos insta a no juzgar, porque si lo hacemos, simplemente afirmamos el juicio sobre nosotros mismos y reforzamos la elección de la mente por el

juicio original del pecado del ego.

(VI.2: 1) La decisión de juzgar en vez de conocer es lo que nos hace perder la paz.

Ten en cuenta nuevamente que el término conocer se usa técnicamente, como sinónimo del Cielo y del mundo del espíritu. Jesús está diciendo que siempre que no estemos en paz, no debemos buscar la causa en algo externo, sino más bien darnos cuenta de que elegimos el juicio del ego en lugar de la paz de la Expiación.

(VI.2: 2-3) Juzgar es el proceso en el que se basa la percepción, pero no el conocimiento. He hecho referencia a esto anteriormente al hablar de la naturaleza selectiva de la percepción, y he señalado que la evaluación es obviamente su requisito previo.

Si estoy evaluando, debe haber cosas entre las que estoy evaluando, lo que significa que ya estoy en el mundo dualista de percepción e ilusión. Este es el primer pensamiento loco, el segundo es que tengo la sabiduría de saber qué es lo mejor para mí y para los demás, y qué no lo es.

(VI.2: 4-7) Los juicios siempre entrañan rechazo. Nunca ponen de relieve solamente los aspectos positivos de lo que juzgan, ya sea en ti o en otros. Lo que se ha percibido y se ha rechazado, o lo que se ha juzgado y se ha determinado que es imperfecto permanece en tu mente porque ha sido percibido. Una de las ilusiones de las que adoleces es la creencia de que los juicios que emites no tienen ningún efecto.

Jesús habla de algo de lo que todos nos hemos convertido en maestros: juzgar algo como inaceptable, y luego reprimirlo. Lo empujamos profundamente en nuestras mentes, pensando mágicamente que ya no está allí: el síndrome del avestruz – si no lo veo ni lo experimento, desaparece.

Sin embargo, como nos mostró Freud, lo reprimido se convierte en lo proyectado y se abre paso en nuestra experiencia consciente, disfrazado de sueños, símbolos, pensamientos de ataques, etc. El Curso enfatiza que

cuando no tratamos con lo que está inconsciente, esto se agrava como una infección y nos lleva a la mayoría de las consecuencias infelices.

Cuando

miramos dentro con nuestro nuevo maestro, sin embargo,

reconocemos que

los contenidos del inconsciente provienen de la elección por la nada, la cual

felizmente podemos cambiar.

(VI.2: 8-9) Esto no puede ser verdad a menos que también creas que aquello contra lo que has juzgado no existe. Obviamente no crees esto, pues, de lo contrario, no lo habrías juzgado.

Esta forma lógica se encuentra en Un Curso de Milagros, expresada así en

el pasaje anterior: si he juzgado en contra de algo, obviamente creo que es

real. Pero si lo reprimo, actuaré como si no fuese real, aunque un instante

antes creía en su realidad y lo juzgué como inaceptable. Esta es la negación

que conduce a problemas, porque cuando rechazamos algo en nosotros

misimos, evaluándolo como pecaminoso, inevitablemente lo proyectamos y

lo vemos en otros, condenándolos por nuestro pecado percibido. Como no

somos conscientes de haberlo hecho, estamos seguros de que estamos justificados en nuestros juicios y reacciones hacia ellos:

(VI.2: 10-12) En última instancia, no importa si tus juicios son acertados o no, pues, en cualquier caso, estás depositando tu fe en lo irreal. Esto es inevitable, independientemente del tipo de juicio de que se trate, ya que juzgar implica que abrigas la creencia de que la realidad está a tu disposición para que puedas seleccionar de ella lo que

mejor te parezca.

La arrogancia del ego aquí es inconfundible, nace de su problema de autoridad. Se ve a sí mismo como Dios, y se reserva el derecho de juzgar

entre la realidad y la ilusión.

Para presagiar de lo que hablaremos en capítulos posteriores, el perdón nos dice, a través de nuestro hermano mayor que nos ha prestado sus ojos:

"Mira lo que has estado condenando en esta otra persona y verás la imagen especular de lo que has condenado secretamente en ti mismo. Ahora tienes la oportunidad de hacer algo al respecto porque te estoy mostrando el problema. Mira lo que juzgas en otro, y te ayudaré a darte cuenta de que esto es lo que has juzgado en contra de tu mente". Con tal comprensión, sabemos que la fuente del problema no está en otro, sino en nosotros, guiando a Jesús a decir:

(VI.3: 1) No tienes idea del tremendo alivio y de la profunda paz que resultan de estar con tus hermanos o contigo mismo sin emitir juicios de ninguna clase.

En esta importante oración, Jesús prefigura de lo que hablará con mayor detalle a lo largo de nuestro viaje sinfónico a través del texto. Él explica por qué nos sentiríamos mejor si renunciáramos a nuestros juicios. La verdadera curación de renunciar a los juicios radica en nuestro reconocimiento de que no estamos juzgando contra otros en absoluto, sino solo contra nosotros mismos, un hecho que negamos y luego proyectamos. Jesús nos enseña en Un Curso de Milagros que perdonamos a nuestro hermano por lo que él no hizo (T-17.III.1:5). Esto no significa que se haya comportado admirablemente, sino que no ha hecho lo que realmente le acusamos de hacer: destruir nuestra paz. Si no somos pacíficos, es solo porque hemos elegido juzgar. La decisión de la mente de juzgar en lugar de conocer es la causa de toda enfermedad y pérdida de paz.

(VI.3: 2-3,6) Cuando reconozcas lo que eres y lo que tus hermanos son, te darás cuenta de que juzgarlos de cualquier forma que sea no tiene sentido. De hecho, pierdes el significado de lo que ellos son precisamente porque los juzgas... En presencia del conocimiento todo juicio queda automática-mente suspendido, y éste es el proceso que le permite al conocimiento reemplazar a la percepción.

El reconocimiento (Recognition) se entiende en su sentido etimológico: "conocer de nuevo" - re significa "otra vez", y conocer (cogn) es la raíz de

la palabra conocimiento. Una vez más se nos recuerda la dificultad de renunciar al juicio, porque implica renunciar a una de las piedras angulares

de nuestra existencia. De hecho, uno podría decir con razón que es la piedra

angular, porque el juicio no es más que otra palabra para pecado.

Nuestra

vida se basa en la creencia de que el juicio contra Dios - que Su Amor no

era suficiente - realmente produjo resultados. Y nuestro yo separado es el

resultado "glorioso". Elimina el juicio y nuestra existencia está en grave

peligro. Eso explica por qué es tan difícil abandonar la idea de que tenemos

razón. Podemos estar 100 por ciento en lo correcto en el mundo de la forma, pero nuestros juicios reflejan el hecho de que nuestras mentes todavía están equivocadas.

Esto no significa que no debamos hacer juicios en este mundo, sino solamente que no debemos justificar ningún pensamiento de ataque que esté

por debajo de estos juicios. Para subrayar este importante punto, Jesús no

está diciendo que debemos renunciar a todo juicio, como los juicios sobre

qué usar o dónde ir, o dónde sentarse o qué comer. Sin embargo, nos está

diciendo que, tanto como podamos, que todos los juicios que tengamos, ya

sean triviales o de consecuencias, deben estar libres de la necesidad de

atacar, haciendo que la separación sea real o justificando la apreciada percepción del ego de uno u otro.

(VI.4: 1-3) Tienes miedo de todo aquello que has percibido y te has negado a aceptar. Crees que por haberte negado a aceptarlo has perdido control sobre ello. Por eso es por lo que lo ves en pesadillas, o disfrazado bajo apariencias agradables en lo que parecen ser tus sueños más felices.

Una vez más, lo que reprimimos no desaparece, sino que permanece en nuestro inconsciente donde encuentra expresión en los sueños. Es por eso

que Freud los describió como el "camino real para entender las actividades

de la mente inconsciente": los sueños revelan lo que sucede dentro de nosotros. Jesús toma el concepto de Freud y lo expande a todos nuestros

sueños, despiertos y dormidos. Mira cómo te percibes a ti mismo en relación con los demás, nos dice – pesadillas (relaciones especiales de odio)

o sueños "felices" (relaciones especiales de amor) – y esto te mostrará qué

maestro has elegido en tu mente.

(VI.4: 4-5) Nada que te hayas negado a aceptar puede ser llevado a la conciencia. De por sí, no es peligroso, pero tú has hecho que a ti te parezca que lo es.

Esta importante idea se reafirma más tarde cuando Jesús explica que el

problema con la disociación no es lo que se ha disociado o dividido en la

mente, sino el hecho mismo de que lo hayamos hecho (T-10.II.1). En otras

palabras, el pecado y la culpa que rechazamos no son peligrosos en sí mismos, porque no son nada. Pero los hemos juzgado como odiosos y temerosos, y se convierten en eso para nosotros. El acto mismo de separarnos del sistema de pensamiento del ego le da un poder que no tiene

en sí mismo, porque la disociación hace que el ego sea una realidad peligrosa en nuestro pensamiento, reforzando el odio y el miedo.

Así terminamos con el arquetipo de un Dios colérico, que resurge en la

mayoría de las religiones. Si nosotros mirásemos la fuente de esta extraña idea, toda inversión en creer que la Biblia, el Corán o cualquier otra escritura es verdad, literalmente desaparecería, y ya no habría necesidad de justificar las proyecciones de culpa llenas de odio. La gente se molesta cuando habla de religión o de cualquier sistema de pensamiento, debido a su necesidad de ver al enemigo afuera más que en sus mentes. Cuando las personas se identifican con un "ismo", un sistema de pensamiento por el que morirían o matarían, esto nos dice que hay algo podrido en el estado de sus mentes. Elegirían el asesinato afuera en lugar de ir adentro y ver que lo que el ego les enseñó fue terrible. Es solo cuando lo hacen, que reconocen que no hay nada que temer.

(VI.5: 6-8) La fatiga que produce el juzgar continuamente es algo realmente intolerable. Es curioso que una habilidad tan debilitante goce de tanta popularidad. No obstante, si deseas ser el autor de la realidad, te empeñarás en aferrarte a los juicios. Estas son declaraciones maravillosamente claras. ¿Quién no "desea ser el autor de la realidad"? Sabemos que lo deseamos porque creemos que estamos aquí. Sin embargo, no podemos estar aquí y en el Cielo al mismo tiempo. Nosotros somos cuerpos porque queremos estar separados del Cielo y queremos mantener la Expiación alejada porque dice que nunca nos separamos. Las ideas no abandonan su fuente, y somos una Idea en la Mente de Dios. Fue para mantener ese Pensamiento alejado, lo que significa preservar nuestra identidad individual, que hicimos el universo y todo lo que contiene. Lo hemos defendido hasta la muerte porque dejar ir esta defensa significa que reconoceríamos que somos los autores de nada, y que

Dios es el Autor de Todo y que nosotros somos una parte inherente de Su Todo.

Una vez que deseamos ser el autor de la realidad – el deseo que reforzamos cada día y cada minuto de cada día – también debemos elegir el juicio. Jesús nos ayuda a ver esta elección desde su punto de vista. Si nosotros la

mirásemos con él, nos daríamos cuenta de su locura. Además, la tensión del

juicio constante es intolerable y todos vivimos "vidas de silenciosa desesperación", citando a Thoreau. En cierto sentido, este silencio es ruidoso, pero no en decibeles. El ruido de nuestros pensamientos silencia la

voz suave y apacible de la Expiación que dice que nada es real porque no

pasó nada. La culpa por la creencia de que algo ha sucedido es un juicio

contra nosotros mismos. Es tan enorme que las leyes de la mente del ego

nos obligan a negarlo continuamente, proyectarlo y juzgar a todos los demás.

Y todos estamos muy, muy cansados. Al comienzo del manual para el maestro, Jesús nos dice cuán cansado y viejo está el mundo (M-1.4:4-5), ¡y

esto fue escrito en 1972! Estamos mucho más cansados desde entonces. Sin

embargo, no nos detenemos a mirar la causa del cansancio, por qué estamos

tan cansados, enfermos y molestos como sociedad y como individuos. La

verdadera causa es la tensión del juicio, pero aún más al grano, la tensión de

proteger el juicio en nuestras mentes. Nuestra única esperanza es mirar

hacia adentro y darnos cuenta algo anda muy mal con la imagen de la mente. Y lo que está mal no está en nadie más; está en nosotros.

Afortunadamente hay algo que podemos hacer al respecto ahora, con la

ayuda de Jesús.

Jesús.

Para concluir el Capítulo 3, discutimos un pasaje significativo acerca de Jesús donde nos habla en el contexto del símbolo que el mundo ha hecho de

él; aún más al grano, un símbolo que Helen podía entender:

(IV.7: 3-4) Yo fui un hombre que recordó al espíritu y su conocimiento.

Como hombre no traté de contrarrestar los errores con el conocimiento, sino de corregir el error de raíz.

Jesús nos dice que no negó el nivel del cuerpo, sino que sus lecciones para

nosotros tanto hace dos mil años, como ahora en este curso, están destinadas a ser aplicadas a nuestras vidas aquí. Creemos que estamos en

este mundo, lo que significa que estamos en la parte inferior de la escalera

que nos llevará a casa. Necesitamos un símbolo de la Expiación que nos

llegue en una forma que podamos aceptar y comprender. La esencia de

Jesús no fue el hombre de carne y hueso, sino el principio de Expiación, el

Pensamiento del Amor perfecto dentro de cada mente. Sin embargo, dado

que creemos que estamos en el mundo, ese Pensamiento toma forma. La

persona que llamamos Jesús es una de esas formas, y enseña que el principio de Expiación se manifestó en él, como cuando él dijo que él está a

cargo de la Expiación (T-1.III.1:1) y que, de hecho, él es la Expiación (T1.III.4:1). Es importante tener en cuenta que él no es la única forma, y con

el tiempo todos seremos como él (T-1.II.3:10-13).

(IV.7: 5-7) Demostré tanto la impotencia del cuerpo como el poder de la

mente. Al unir mi voluntad con la de mi Creador, recordé naturalmente al espíritu y su verdadero propósito. Yo no puedo unir tu voluntad a la de Dios por ti, pero puedo borrar todas las percepciones falsas de tu mente si la pones bajo mi tutela.

Puedes recordar que Jesús dijo lo mismo en el Capítulo 2 (T-2.VI.1:3).

Claramente quería que Helen y Bill comprendieran, y también todos

nosotros, que él no puede salvarnos en el espíritu de forma indirecta.

Todo

lo que podemos hacer es ser el Pensamiento de Expiación que está en nuestras mentes, y que, por Su propia Presencia, continuamente nos llama.

Cuando creemos que escuchamos su voz, es simplemente que nos volvimos

hacia él. Él no comienza a hablar, ni habla con palabras. Es un pensamiento

de amor que es no-específico, un reflejo del Amor abstracto de Dios.

Cuando lo elegimos como nuestro maestro, ese amor vendrá a nosotros en

una forma que podamos aceptar y comprender. Si hablamos Inglés, por ejemplo, las posibilidades son que "escucharemos" su voz en Inglés; si somos amantes del verso en blanco, podríamos "escucharlo" en blanco verso; si somos psicólogos, quizás lo "escucharemos" usando términos psicológicos. Una vez más, Jesús es una presencia perfecta del amor noespecífico que está dentro de nosotros.

Esa presencia es una llamada, aunque no es activa. Como un faro, que simplemente refleja su luz, lo cual es uno de los motivos por los que elegimos "The Lighthouse" como el nombre del boletín de la Fundación.

No hace nada específico. Cuando los capitanes de los barcos eligen salir de

la luz, lo hacen. La luz después no los busca a ellos. Simplemente brilla en

la oscuridad del mar, como la luz de la Expiación brilla en la oscuridad de

nuestras mentes.

Por lo tanto, "No puedo unir tu voluntad a la de Dios por ti" porque hemos

tomado una decisión activa y todavía estamos eligiendo apartarnos de Jesús

y de la Voluntad de Dios. Sin embargo, si traemos la oscuridad a su luz, el

sistema de pensamiento del ego a su Expiación, el hecho de que lo hagamos

cancela la oscuridad del ego. La oscuridad no puede sino desaparecer en

presencia de la luz, así como no podemos tener ilusiones en presencia de la verdad, ni juicio en presencia del amor. Nuestra tarea es solo llevar nuestros egos a Jesús. Él no deshace nuestras percepciones erróneas al pararse en la mente con un borrador. Su amor borra las ilusiones simplemente al llevarse a él. Su brillo es el proceso de alcanzar la visión de Cristo. La visión es no-específica, pero refleja el des-hacimiento de las percepciones erróneas específicas del ego. Cuando traemos nuestros juicios a la verdad y al amor de Jesús, con los cuales nos hemos identificado, los juicios no pueden estar. Esto significa que cuando miramos a otro, el juicio habrá desaparecido. Nuestros ojos físicos no verán de manera diferente, pero nuestro ojo interno verá de manera muy diferente porque se ha despejado de las nubes. Las nubes de culpa y juicio que nos hicieron percibir erróneamente se disipan, dejando solo la amorosa visión a la que Un Curso de Milagros se refiere como la percepción verdadera. El título de este capítulo, "La percepción inocente", toma su significado de estas dinámicas. En la percepción errónea del ego alguien siempre es culpable: estoy juzgando en tu contra porque eres tan horriblemente pecaminoso que te sientes culpable. Dado que el principio prevaleciente del ego es uno u otro, si tú eres pecaminoso, eso me deja a mí sin pecado e inocente. A través de la visión de Cristo, o la verdadera percepción del Espíritu Santo, no hay uno u otro – solo uno. La verdadera inocencia que veo en mí mismo, porque he elegido contra la culpa, automáticamente la veo en ti porque los velos de separación se han levantado. La visión no es algo positivo o activo, no es algo que se me obligue a hacer. Más bien,

deshago, lo que significa llevarle las percepciones erróneas a Jesús, quien dice:

(IV.7: 8-11) Sólo tus percepciones falsas se interponen en tu camino. Sin

ellas, no hay duda de la alternativa que elegirías. Pues una percepción sana induce a una elección sana. No puedo elegir por ti, pero puedo ayudarte a que elijas correctamente.

En cierto sentido, este curso se basa principalmente en el principio que Jesús enseña aquí: "Hermano mío, elige de nuevo". Y al final del texto encontramos la sección inspiradora llamada "Elige de nuevo" (T-31.VIII).

El problema es que no sabemos que tenemos una opción. Una de las terribles consecuencias del momento original fue que una vez que el tomador de decisiones elige el ego, este – el Hijo de Dios – se convierte en

el ego y el Espíritu Santo queda enterrado, lo que significa que ya no hay

nada para elegir. En ese momento, la parte tomadora de decisiones de la

mente también fue enterrada, y dentro del sueño del ego, la elección significaba solo ¿qué ilusión prefiero? ¿A quién voy a matar hoy? ¿De qué

cuerpo especial voy a abusar? Como la única opción es entre ilusiones, ninguna opción en particular no tiene sentido. Cuando elegimos el ego, dejamos de ser un tomador de decisiones, y Un Curso de Milagros trata de

devolver a nuestras mentes la conciencia de que, de hecho, tenemos el

poder de elegir. Es por eso que Jesús dice: "Pues una percepción sana induce a una elección sana. No puedo elegir por ti, pero puedo ayudarte a

que elijas correctamente".

Nuestra percepción primero tiene que ser limpiada de su pensamiento demente: separación, odio, juicio y especialismo. Tenemos que aprender

que aferrarnos a los juicios nos hace daño. Y entonces, apelando a nuestros

motivos puramente egoístas – que queremos sentirnos mejor – Jesús nos

dice: "Haz lo que te digo porque serás feliz cuando lo haces". Nos ofrece la elección simple entre las percepciones del ego y las del Espíritu Santo: "La percepción del ego te mantendrá separado, ansioso, culpable y por siempre separado del Amor de Dios. Mirar con el Espíritu Santo, por otro lado, te traerá paz, porque tendrás dejar de juzgar". No necesitamos tomar la decisión de una vez por todas. Esa es la base de nuestro terror, que, si decidimos no juzgar, desapareceremos en el Corazón de Dios. Sin embargo, no es así como el proceso funciona. Poco a poco renunciamos a nuestra inversión en el juicio hasta que nos sintamos cómodos con la idea de que no somos seres individuales. Sin una inversión en la identidad del ego, no hay nada a lo que aferrarse y nada que nos impida abrazar la Expiación y aceptarla para nosotros mismos. El papel de Jesús, en consecuencia, es permanecer dentro de la mente como la elección correcta. Su presencia amorosa es una llamada que está en marcha: "Elígeme y sentirás paz; elige en mi contra y sentirás inquietud y conflicto". Finalmente dice: (IV.7: 12-16) ... "Todos son los llamados, pero son pocos los que eligen escuchar". Por lo tanto, no eligen correctamente. Los "escogidos" son sencillamente los que eligen correctamente más pronto. Las mentes sanas pueden hacer esto ahora, y al hacerlo hallarán descanso para sus almas. Dios te conoce sólo en paz, y ésa es tu única realidad. Jesús nos está enseñando que la idea de un elegido, o un pueblo elegido, no debe entenderse como algo especial. Todos somos "elegidos" por Dios en el sentido de que Él nos ama como uno; no hay especia-lismo en el Cielo. En este mundo, los elegidos son simplemente aquellos que eligen tener la mente correcta. Parte de la carga de Jesús como nuestro maestro es

convencernos de que esta realidad es lo que queremos: la paz de Dios
que

abraz a todas las personas y que no excluye a nadie.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.